REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIV — San José, Costa Rica — **1932** — Sábado 2 de Abril — Núm. 11

Año XIII. No. 579

SUMARIO

EL FUTURO IMPERFECTO

= De *Luz*. Madrid =

Cañonazos sobre una vitrina

Don José Ortega y Gasset tiene proyectados varios libros que nunca publica; pero, en compensación, publica otros que no tenía proyectados. Aquéllos son los que tiene ganas de escribir, y éstos los que escribe con ganas. Todo escritor conoce esta sutil diferencia. Entre los primeros, nos habla siempre de uno que titularía: ¡**Chinitos!** ¡**Chinitos!** Pero en los que escribe con ganas se le escapa la pluma hacia los que tiene ganas de escribir, y, por eso, en muchas páginas asoman sus chinitos.

Por ejemplo, en su **Meditación del marco**, que termina: "Para entenderlo sería preciso sugerir por qué el chino se orienta hacia el sur y no hacia el norte, como nosotros; por qué en los lutos viste de blanco y no de negro; por qué comienza a edificar sus casas por el tejado y no por el cimiento; en fin, por qué cuando quiere decir "no" mueve la cabeza de arriba a abajo, como nosotros cuando queremos decir sí".

Se ha llamado a China—con el Japón—el mundo al revés. También el carpintero chino, para cepillar la madera, atrae hacia sí la garlopa en vez de empujarla hacia delante; las mujeres, al enhebrar la aguja, mueven la aguja hacia el hilo en vez de meter el hilo en la aguja, y para coser, tienen inmóvil la aguja y apoyan la tela en la punta; en fin, los chinos se secan con toallas húmedas.

Hace años un norteamericano viajó por el mundo en busca de faltas de educación. Donde coleccionó más fué en su país y en Alemania, los pueblos jóvenes. Donde menos, en China y en España, los pueblos viejos. En China, hasta los menores gestos se regulan por un ceremonial antiquísimo, compuesto de tres mil preceptos contenidos en el libro del respeto y en el libro de los ritos, que los chinos cumplen como otros tantos maestros de ceremonias. Un chino, cuando juega al ajedrez, dirá a su adversario: "Permítame que ataque su magnífico peón con mi despreciable reina". Al entrar un chino en una sala de espera, un ratón que corría por un zócalo, asustado, se cayó sobre un vaso que inundó al visitante. Este se disculpó así ante el visitado: "Al entrar en su honorable mansión, me senté a esperarle junto a su honorable zócalo, y, por inadvertencia, aterroricé a uno de vuestros honorables ratones, que derribó vuestro honorable vaso sobre mis despreciables vestidos".

Esta cortesía es exterioridad vacía, pura fórmula, inalterable ceremonia. Una china fué a casa de una europea; pero, en vez de inclinarse delante de ésta, lo hizo volviéndole la espalda. La etiqueta china prescribe que la dueña de la casa esté en la parte sur de la habitación, y allí era donde había de saludar la china. Si la europea estaba en otro lado, la china nada tenía que ver con ello.

Cojín de aire, sin nada dentro, se dice de la cortesía china. Este cojín amortigua los golpes, embota las aristas. Sin él, no habría modo de que viviesen juntos y apretados varios cientos de millones de chinos. Pero la compresión constante del ceremonial, la perfecta etiqueta exige, de cuando en cuando, un desahogo. Entonces el chino estalla en un verdadero ataque de furia, que dura días enteros. "A veces—cuenta un viajero—se encuentra a una mujer encaramada sobre el techo de una casa, gritando insultos a voz en grito". ¿Contra quién? Contra nadie en particular. Está "injuriando la calle". Todo el mundo sabe de qué se trata y nadie le hace el menor caso, aunque el vocabulario es una inmundicia que obligaría a trabajar a un equipo entero de barrenderos. Es la limpia de la chimenea, gracias a la cual el chino elimina todo lo que se le ha ido quedando dentro en varios años de contención y de observancia de los tres mil preceptos. Cuando acaba la expulsión se queda tranquilo y vuelve a sus saludos, a su sonrisa, esa sonrisa que ordena la cortesía aun en los duelos y pésames. Esa misma sonrisa con que algunas doce-



Tipo de mujer china moderna

(Dibujo de *C. Le Roy Baldridge*)

Bambú chino

Hasta la limpieza de las casas es en China rito religioso. Sobre la puerta de la cocina está pegada la imagen del dios del menaje, encargado de informar a la superioridad sobre la conducta de la familia. Es un dios de grandes orejas que recoge todos los ruidos de la casa, y de ojillos perspicaces, que observan cómo se lava la vajilla y se barren los suelos. Pero nadie es perfecto, y el chino sabe engañar a los dioses. Próxima la fecha del informe, embadurnan al dios de la cocina la boca con jarabes y jaleas para que no despegue los labios, y, en último caso, sólo pronuncie palabras dulces. Del mismo modo, el marinero lleva un barquito de papel, idéntico

(*Pasa a la página siguiente*)

nas de estudiantes chinos en Europa enviaron en cajitas al ministro de Instrucción Pública, xenófobo, que les había suprimido las pensiones, sus dedos meñiques cortados para hacerle "perder la faz", la afrenta más terrible que puede infligirse a un chino y que le lleva incluso al suicidio.

¡Chinitos! ¡Chinitos! Sobre estas figurillas de marfil amarillento cae el plomo japonés. Shanghai es una vitrina destrozada. Pero tras su sonrisa está la crueldad horrible y refinada, la sustancia furiosa, o "ch'i", la fuerza más terrible de las costumbres milenarias, o "li". Mueren cientos, miles, morirán millones, pero quedan cientos de millones; perderán Shanghai, Nankin, pero queda el dragón íntegro. Y un día, el gran ilusionista que es la China habrá hecho desaparecer a los japoneses, como escamoteados en sus anchas mangas, al compás de su gran abanico de país pintado. Pero dejemos ésta y otras cosas para cualquier día próximo.

Fernando Vela

Bambú chino...

(Viene de la página anterior)

al suyo, que suelta a los primeros soplos del huracán, para inducir a error al espíritu maligno de los tifones. Porque el chino vive en una atmósfera de espíritus que se precipitan desde lo alto en rápidos plongeons y vertiginosos volatines contra el suelo, los techos y las paredes. Por esta razón los chinos empiezan sus casas por el tejado, cubierta protectora que impide a los espíritus alojarse en el interior desde el momento de la construcción. También por esto las puertas a la calle están defendidas en su frente por un biombo o pared que llaman "el muro de los espíritus", contra el cual éstos, en su veloz trayectoria rectilínea, chocan y rebotan.

De los sacerdotes chinos escribe Keyserling: "Es increíble lo ocupados que están estos técnicos encargados de dulcificar los demonios. La China rebosa literalmente de espíritus; tanto que la comodidad de la vida padece seriamente por las perturbaciones que acarrea la constante atención a dichos demonios. No puede verificarse un entierro ni un matrimonio cuando uno quiere ni donde uno quiere. Ni a veces puede uno casarse con la persona a quien quiere". Más aún: la orientación de las casas, el emplazamiento de las puertas dependen de las costumbres de los espíritus. Es preciso saber cómo vuelan, por dónde vienen, para situar el edificio. El sacerdote y no el arquitecto es quien hace los planos.

Los ritos conjuran los espíritus, los convierten de malignos y adversos en benéficos y afectos. Cuando en una casa los asuntos no andan bien, es que no se ha observado el ritual. En los tiempos anteriores a la República, si no llovía, si llovía demasiado, la culpa era del emperador, que no hacía bien los ritos. Y más de un emperador se vió destronado por este supuesto incumplimiento del ceremonial. El emperador era el padre de los chinos, en sentido literal, y China una inmensa familia asentada en el amor filial.

"Cien hijos, mil nietos", dice allí la salutación de año nuevo, cuando se encienden doscientos millones de linternas de papel. Hay chinos que a los treinta años son abuelos; y estas inmensas familias viven unidas bajo el dominio directo del más viejo. Cuéntase de un viajero que encontró a un chino de blanca barba que lloraba amargamente, consolado por su nieto. El viajero quiso saber la causa del llanto. "Mi padre me ha azotado", contestó el chino. "¿Dónde está su padre?" "Ahí, más abajo". El viajero vió en el lugar indicado otro viejo de barba más larga y más blanca. "¿Por qué ha azotado usted a su hijo?" "Por irrespetuoso con su abuelo". Y el viajero descubrió el tercer barbado, jefe de la familia.

La enorme capacidad prolífica—ratonil— del chino, su vitalidad física de gato, su resistencia al cambio, hacen inútil toda invasión. China ha sido invadida cien veces por los guerreros más feroces, por las hordas más extrañas y hostiles al espíritu chino, por hunos y mongoles, que destrozaban y dividían el país. Pero hay pueblos que son blandos en el instante y duros tomados por siglos. China, al fin, se recomponía, y el invasor—menos prolífico, menos resistente—era expulsado o chinizado. Todo es cuestión de tiempo. Como dice el kaikai japonés: "Si el día es largo—hasta las hormigas llegarán—a lo alto de la torre".

Se ha comparado al chino con el bambú. Flexible, se abate al viento, luego se yergue. Una de las más antiguas historias de la China se titula "Crónica de los bambúes". En ella se relatan los sucesos políticos, sin darles más importancia que a los fenómenos astronómicos y meteorológicos. Invasión de los hunos, invasión de los mongoles, invasión japonesa, caída de dinastías, son en China eso: viento en bambúes.

Fernando Vela

Estampas

¿A la barbarie del sable peruano nadie le pedirá cuentas?

= Colaboración directa =

No pretendemos influir en el espíritu bárbaro que se ha apoderado de Sánchez Cerro y su camarilla. Hablamos, porque nuestra conciencia es sensible al despotismo, exhale éste de donde exhale su aura pestilencial. Será la nuestra una voz perdida en la indiferencia colectiva. Pero trabajamos con fe en el porvenir. Contra el despotismo peruano hay que insistir para librar a la América de otro ejemplo envilecedor. Con saña salvaje se persigue a los apristas, se arroja sobre sus hogares la soldadesca embrutecida y aleccionada en el destrozo. Las cárceles están llenas de presos políticos. Se tortura y se asesina. Los relatos que los periódicos estampan nada dicen de esta tragedia. Los leemos en cartas angustiadas que los perseguidos logran escribir y enviar desde sus escondites. No cuentan el exterminio a que somete al partido Aprista la barbarie adueñada del mando, para revolver polvo de descrédito. Quieren que los pueblos de América ayuden y no piensen que puede serles indiferente aquel suceso sangriento. ¿Querrán pensar estos pueblos? ¿Qué cosa habrá para que se interesen por los asuntos de todos? Porque de vivir aislados los devoran tantas desgracias. No hay fuerza colectiva que condene la barbarie. Y la barbarie extermina y corrompe.

En Hopewell, Estados Unidos, una banda de facinerosos escala las habitaciones en donde un niño duerme. Lo secuestran y horas después sus padres atribulados han movido a la nación entera contra la barbarie organizada. La acción común se concentra en el rescate del niño. Los periódicos explotan lo que el suceso puede tener de espectáculo, pero quieren también difundir un profundo sentimiento de respeto por el niño secuestrado. Editorialmente uno de ellos comenta unas estrofas de un canto de Shelley. A tanto ha movido la barbarie del Norte el corazón del hombre. Pues la barbarie del Sur acciona desde el Gobierno y secuestra también a una criatura. Sólo que por ser barbarie organizada al amparo de una Constitución no trasciende su crimen. Y si por la vida del niño se mueve una nación en el Norte, por la vida del niño deben también moverse muchas naciones en el Sur. A Ana Morrow le escalaron sus habitaciones robándole su hijo. A Magda Portal los sayones de Sánchez Cerro le asaltaron su hogar robándole a su hija. ¿Qué diferencia hay entre los actos de estas dos barbaries? La del Norte quiere obtener un rescate cuajado de oro. La del Sur quiere obligar a la madre a salir de su escondite para podrirla en una cárcel y torturarla y convertirla en una ruina humana. Porque Magda Portal es de las mujeres grandes de América y el despotismo peruano quiere exterminarla. Unidad fecunda del aprismo levantó su voz contra el sable peruano. El sable escala el poder y la persigue y para darle caza secuestra a su hija y la tortura cruelmente. Con tanta crueldad martirizan a esta niña de pocos años los sicarios de Sánchez Cerro, que le fracturan un brazo.

Diferencia profunda entre la conmoción producida por los sucesos de las barbaries del Norte y del Sur. Y son no obstante idénticas. Pero a la de allá le sale al paso una fuerza grande de repudio. A la de acá nadie le saldrá al paso. Contamos el ensañamiento de la barbarie peruana y no esperamos oír ningún clamor contra ella. Pronto llenarán las columnas de los diarios las almas enlodadas en el charco del déspota y dirán que de Herodes no tiene nada él. Dirán que en el Perú se realiza una tarea de higienización social. Dirán que el despotismo cuida porque el comunismo no llegue a destruir. Dirán que Haya de la Torre no es patriota sino un vil. Dirán que el aprismo es una banda de facinerosos. Centenares de turiferarios rodearán la figura triste de Sánchez Cerro y lo perpetuarán en una tiranía de décadas.

Espectáculo desgraciado el de estos pueblos asaltados por los despotismos. Se ve moverse en torno a la barbarie una serie de personajes y personillas. Unos no salen nunca de la penumbra. Otros quieren que se perfile bien el rostro armado del colmillo. La obra común de destruír la realizan por igual. En lo que se aventajan es en lo de enriquecerse. Pero para envilecer a los pueblos, para matarles sus unidades creadoras no hay entre ellos muro separador. Fijemos el pensamiento en el Perú, porque

hay allí historia de nuestros días. El despotismo de Sánchez Cerro es el producto de una casta, la podrida y soberbia casta de una aristocracia anacrónica. Elevó al militar de chatura grave al sitio más elevado de mando. Y puesto allí lo utiliza para venganza, para pillajes. Desaparece por completo todo problema de redención económica o educacional. Lo único importante es que el mando se conserve para mantener a la casta de la barbarie en su obra de exterminio. El aprismo nació en el Perú como partido de redención. Mientras no pudieron ahogarlo lucharon contra él con todos los recursos imaginables. Tuvieron apenas fuerzas para coger el mando y como desde aquí los recursos son mayores, continuaron combatiéndolo. Pero, no era ya la lucha electoral en donde el fraude y la desvergüenza son las palancas mejores. Ahora había que combatir a un partido que contaba con una gran mayoría en la Cámara y que tendría tribunas desde las cuales abogar por el Perú. Ese partido no se improvisaba para dar una batalla electoral. Constituído para trabajar con honradez en el rumbo de la libertad y de la prosperidad nacionales, no sería juguete de las circunstancias. Desde la Cámara abarcaría el panorama de una nación empobrecida económicamente por los despotismos, falta de cultura, miserable. Y daría legislación avanzada. Procuraría que rigiera esa legislación.

A mucho aspiró el aprismo cuando organizado peleó contra la casta civilista amancebada con el militarote de ojo torvo. Y ocupó su nivel preferente el principio de respeto a la vida humana. Haya de la Torre y casi todos los que aportaban su inteligencia y su corazón en la formación del partido habían padecido las torturas de las prisiones peruanas y habían salido deportados. Por eso insistían en que la vida humana no fuera tocada. Cerraban así el atajo por donde se echan los despotismos cuando las inteligencias libres les salen al paso. Mas Sánchez Cerro y su gente no habían cogido mando para gobernar a pueblo que debía redimirse de innúmeras miserias. La salud del pueblo peruano no importaba en el acontecimiento electoral. E inmediatamente se lanzaron contra el aprismo, acusándolo de todas las maldades en potencia que están esperando oportunidad para acabar con una nación. El aprismo usó sus tribunas del Congreso para combatir el despotismo y la osadía la pagó con el decreto que quitó la inmunidad al diputado aprista. Había urgencia de silenciar a tanta voz inteligente y de valor.

Y como no sólo en el Congreso oía la barbarie el sonido tenaz del ariete que la destruía, extendió su orden de exterminio contra todo sector aprista. Ni hombre ni mujer empeñados en salvar al Perú de sus bancarrotas debían quedar con resuello. Acuchillar, encarcelar, apalear, dijo la barbarie. Magda Portal, que estaba junto a su esposo cuando los sayones se lo llevaron y enrolándolo en el atentado contra el déspota lo condenaron a veinte años de prisión, buscó refugio que la librara de la cárcel. Pronto volvieron por ella. Estaba en la casa abandonada sólo su hija, sin amparo, en desolación infinita. La barbarie la alzó de allí y le dió celda y martirio. Esta carta del perseguido peruano es tremenda. ¿Cómo leerla sin dolor en el corazón? Grande es el refinamiento de la barbarie que acaba de entronizarse en el Perú. No creíamos que nadie se atreviera a torturar a un niño para obligarlo a decir en qué escondite podía el sayón asesinar a su madre. Pero la barbarie peruana es capaz de todo. ¿Qué vale el brazo de un pobre niño a quien le acaban de condenar a su padre a veinte años de presidio? ¿Qué vale la vida de ese niño cuya madre huye para librarse de la muerte? La barbarie peruana es capaz de todo. A la barbarie del Norte la condena una nación entera y la acosa y la persigue para que devuelva sin daño ni sombra al niño secuestrado del hogar que se ha escalado. A la barbarie del Sur nadie le pide cuentas. Es decir, la América, con sus innúmeros pueblos, sigue aletargada ante los sucesos que la van encadenando a un puesto de esclavitud y de miseria.

Cartago y marzo del 32.

Juan del Camino

Goethe o la apología del Hombre perfecto

= Envío del autor =

Dante, Cervantes, Shakespeare,
genios de luz que yo amé,
pondré un nombre entre vosotros
que es de Eternidad también:
el claro nombre
de Juan Wolfgang Goethe...

Su vida fué el mejor Poema,
poema de hombre y de sencillez,
de comprensión, de ternura,
de amor a la Belleza y al Bien.

Si algún hombre ha puesto el oro
de su talento y de su fe
para hacer más bello el mundo
y darle Verdad, ése fué Goethe.

Se diría que hasta el Cielo
se acercó a la tierra por él
pues lo más alto y lo más noble
nos lo puso a los pies.

Así, nos mostró que toda cosa
—aun la que menos se ve—
si la miramos hondamente
Infinito es!

Modeló su carácter de tal modo
que fué su voluntad como un troquel
y así mostró a los hombres que el Destino
nos limita, mas se puede vencer!

La ***serena actitud*** que él alcanzara
a fuerza de dominio de su sér
fué el bien más precioso de su vida
y el que le dió todo poder.

Sensibilidad, su hilo de luna;
Imaginación, su bravo corcel;
la ***Voluntad***, su Hércules fuerte,
¡esos fueron su Símbolo del Tres!

En sus actos más sencillos,
o en las graves actitudes de su madurez,
en el interés de la Justicia,
del Arte, de la Vida, grande fué.

Cuando andaba en el paseo,
cuando daba a una dama su miel,
cuando patinaba por la nieve extensa,
cuando conversaba, todo en él
hacía pensar en la divina
presencia de un ser.

Amó con lealtad, sin alarde;
jamás engañó a una mujer,
y la amistad tuvo en su alma
el trono más noble del desinterés.
Herder, Stilling, Troost y Schiller
fueron amados como los laureles de su sién.

. . . .

Leipzig recuerda al Goethe galante,
fino sin doblez,
alegre, gentil, expansivo,
con cierto aire de grave altivez.

Y lo vió que nunca iba al desierto
a buscar quietud y madurez,
pues él sabía que ***la mente puede abstraerse en medio del tropel.***

Y así convivió con toda cosa
su idealismo noble y su fe.

En aquellos días en que Europa ardía
en la Revolución, él fué
el Faro del Arte y la Ciencia,
y Weimar dió por él a Europa su brillo y su esplendidez!

La gran altura de sus ideas
lo hizo romper toda estrechez
y en el siglo XIX
pudo ser
por excelencia el Hombre y el Artista
—objetivo y subjetivo a la vez—.

Goethe animó los héroes de su obras
con el fuego de su espíritu; y al leer
sus novelas, sus poemas y sus dramas,
su vida es.

«Werther» es la página sincera
y dolorosa y fiel
de su amor a Carlota
y de su amistad a Kestner sin doblez.

El «Fausto» es su experiencia de la ciencia
y de la humana flacidez
donde vació su alma taumaturga
en esotérica desnudez,
como el Alighieri en la «Comedia»
que dejó un velo por descorrer...

«Poesía y Verdad» expresa justamente
que poesía y verdad fué desde su niñez.

. . . .

Nació en mil setecientos cuarenta y nueve
y entonces del Himeto pudo una abeja volver...
La antigüedad y Herder fueron sus maestros
y fué moderno y clásico a la vez.

Cuando el Duque de Weimar aparece
en la vida de Goethe,
como el nido propicio de su genio
se le ve.

A nadie como a él besó la Gloria,
pero nadie a la Gloria tuvo más desdén,
ya que aspiró a vivir más en sí mismo
y no quiso «parecer».

Hoy cien años lo cubren de homenaje
porque más que un Poeta, un Hombre fué.

Murió pidiendo «Luz... más luz!»
y aun se oye por doquier
el eco de su voz que clama
para el mundo ese bien.

. . . .

¡Prometeo, Fausto, genios alados,
dadnos la luz que pedía Goethe!

Rogelio Sotela

22 de marzo de 1932. San José, C. R.

Recitado por su autor en la Velada que se efectuó en el Teatro Nacional en homenaje a Goethe, la noche del 22 de marzo.

Acerca del Perú

= Envío del autor =

El Perú de Leguía

Los que se informan de la situación políticosocial de los pueblos, a través de las mentiras del cable, de los **bluffs** de los agentes diplomáticos, de los juicios sustentados por intelectuales afiliados a la Internacional del chantagismo, hablaban de un Perú patriarcal, donde un mandatario inteligente y hábil conjuraba las tormentas administrativas con su celo prudente. Augusto Leguía construía avenidas, embellecía a Lima, irrigaba la costa, consagraba su pueblo al Corazón de Jesús, acataba el fallo salomónico de Coolidge en la vieja cuestión del Pacífico, ganándose de paso la admiración de los papanatas y una oportunidad para aspirar al premio Nobel de la Paz.

Leguía, a más de su política arquitectónica y espectacular—"política de avenidas", paralela a esa "política de carreteras" de que se ufana el gomezolato — profesaba otras, adjetivas: la de la entrega incondicional de su país al imperialismo capitalista; la del asesinato y la deportación de sus adversarios; la del cohecho, el peculado y la rapiña de los fondos nacionales; la del apoyo irrestricto a los trusts extranjeros y a los gamonales criollos para su explotación de las clases productoras; la de la corrupción de la magistratura, de la prensa, del parlamento, de todo lo corrompible en el país. En sus once años de gestión "providente" condujo Leguía a su pueblo al vórtice donde se debate hoy. A 136 millones de dólares asciende la deuda pública; a 200 millones de dólares las inversiones yanquis. Las aduanas, los petróleos, las minas, la educación pública, los correos nacionales, todo lo entregó al control saxo-americano. De ahí que el Perú esté gravado con deudas que son superiores a sus capacidades de pago que no aproveche sino migajas de sus petróleos y de sus minas, que vea estancada la agricultura, fundamental a la economía de un país esencialmente agrario, por el sistema monopolista de explotación, típico del capitalismo imperialista. Después de dicho todo esto, a nadie extrañará que la gran prensa norteamericana, órgano de los intereses filibusteros de Wall Street, colmara siempre de elogios al gobierno de Augusto Leguía; y tampoco de que un Encargado de Negocios de Estados Unidos en Lima, abandonando la tan manoseada timidez sajona para adjetivar, descubriera en el tiranuelo vende-pueblo "el genio de Napoleón, el tacto de Richelieu y el patriotismo de Lincoln".

Donde se apoyaba el leguiísmo

Garantizada en lo exterior por su tutor yanqui, respaldada financieramente por los judíos de la casa Seligman, dispuesta siempre a colocar empréstitos en América latina al 9% y con garantía en las rentas fiscales, la dictadura de Leguía se apoyaba en lo interior sobre dos fuerzas poderosas: el civilismo y el ejército. El partido civilista, fundado por don Manuel Pardo para poner freno a la casta militar, para su época encarnada en el general Castillo, ha contado siempre en sus filas a los fideicomisarios del virreynato. Descendientes de los encomenderos son y han sido sus militantes. Apellidos sonoros son los inscritos en sus censos, apellidos casi todos maculados por viejas o nuevas traiciones al país,—son numerosos los descendientes del Riva Agüero de la independencia y del Pardo de la guerra con Chile.—Esta casta, industrial y terrateniente, explotadora del indígena y del cholo, heredera de una tradición menguada de servilismo político, fué aliada constante del leguiísmo. Si en un principio la fracción pardista le fué opositora, no se necesitó mucho tiempo para que se reconciliaran todos, fraternizando como buenos pillastres en el "comedero", término con que uno de ellos—Profesor de la Universidad de San Marcos—designa cínicamente a la cosa pública. Y en el "comedero" estaban todos, rumiando los dólares del último empréstito, cuando un sector del ejército—la otra fuerza interna en que apoyaba la dictadura leguiísta-civilista su política traidora—se pronunció contra el gobierno. La hora era propicia y el líder del movimiento, Comandante Luis M. Sánchez Cerro, hizo su entrada a Lima pocos días después del pronunciamiento de Arequipa.

Actuaciones iniciales y posteriores de Sánchez Cerro

Las actuaciones iniciales de Sánchez Cerro daban indicios alentadores. Sus declaraciones en Arequipa, afirmando que no lo desvelaba el fantasma ese del reconocimiento de su actuación por gobiernos extranjeros, así como la prisión por él ordenada de uno de los aviadores de la **Panamerican,** indicaban en apariencia el propósito de no detenerse a esperar la palabra oracular de Washington para obrar acorde con ella. La enérgica actitud asumida en Lima, luego, al desconocer el gobierno **in partibus** que presidía el General Ponce, leguiísta recalcitrante, y el ordenar perentoriamente al "Almirante Grau" que regresara a aguas peruanas con el prófugo Leguía, terminaron de confirmarnos en esa posición optimista. Bien entendidos de que los graves problemas sociales del Perú no podrían solucionarlos Sánchez Cerro y sus tenientes, técnicos en matar hombres, pero no en encauzar pueblos por el camino de su reintegración política y económica, pensamos, sin embargo, que podían estar animados de la conciencia de su papel. En consecuencia, dispuestos a regresar de nuevo a sus cuarteles, satisfechos de haberse reivindicado del lote de responsabilidad que les cabía por haber sostenido durante tantos años a un régimen impopular y dejando el manejo de los negocios públicos en manos de hombres aptos, capacitados, con clara conciencia de los problemas peruanos.

Iba desbocado nuestro optimismo. Sánchez Cerro era un salteador de presi-



Rómulo Betancourt

Madera de *Amighetti*

Documentos alusivos

Mi querido don Joaquín:

Hoy, cuando la alianza sancho-civilista ensangrienta con sus crímenes el suelo peruano, cobran de nuevo actualidad esas palabras mías que le envío en esta misma oportunidad. Son parte de las que dije en el Teatro Municipal de Barranquilla, Colombia, a mi regreso de un viaje a Lima. La versión taquigráfica completa de esa conferencia fué publicada por el diario colombiano La Prensa, en su edición correspondiente al 19 de noviembre de 1930.

Cuando dije esas palabras era Sánchez Cerro simple Presidente ad-hoc de una Junta Provisional de Gobierno; actualmente es todo un Presidente "constitucional". Un cuartelazo afortunado lo elevó a la posición que ocupaba entonces; el fraude y el oro civilista, a la posición actual. Mas, consecuente consigo mismo, el soldadote irresponsable de ayer es el déspota criminal de hoy. El panorama político peruano durante su actuación como Presidente de la Junta Militar es el que, a grandes rasgos, dejé yo trazado en la página incluída a esta carta; el panorama actual, bajo su gestión "constitucional", nos lo han delineado las voces compañeras que desde Lima llegan hasta aquí en demanda de solidaridad; violado el recinto parlamentario por el propio machetón y su esbirraje, para encarcelar y deportar a la diputación aprista, en su totalidad, y a la mayoría de la independiente y de la descentralista; decretada una drástica Ley de Emergencia, que condena al país, indefinidamente, a un estado de sitio permanente; puesta a precio la cabeza del Jefe del Aprismo, Haya de la Torre, y perseguidos con saña sus más destacados colaboradores políticos; clausuradas policialmente las Universidades Populares y abaleados los universitarios de San Marcos, que manifestaban en

(*Pasa a la página 167*)

dencias, animado por el odio histórico de los de su casta hacia el sector civil de la ciudadanía, desdeñoso de la opinión pública, inmoral como gobernante y como hombre. Tipo de Melgarejo con unas duchas de Saint Cyr, impulsivo como un capitán de gavilleros, hombre que no tiene fronteras éticas que le entraban la acción, y lo hagan detenerse y reflexionar, sino que escoge un camino y se lanza por él, a escape, como un bruto sin freno.

De nuevo, la irresponsabilidad y la ineptitud están rigiendo los destinos peruanos. La Junta de Gobierno, integrada por esos "sátrapas de entorchados" que crucificó la pluma del gran González Prada, incapacitada para administrar sola y temerosa de la colaboración de elementos jóvenes, que ejercerían cierto control dentro del organismo oficial, se echó en brazos del civilismo. Apenas Rada y Gamio, cuatro o cinco de los leguiístas más prominentes, están con el dictador derrocado en el panóptico de Lima o en la isla de San Lorenzo. El resto de los servidores del viejo régimen continuó en el poder. Los pocos vacíos dejados por funcionarios prófugos o encarcelados del gobierno caído, han sido llenados por civilistas de cualquiera de las dos fracciones—pardista o leguiísta —en todo caso, por profesionales del burocratismo, envejecidos sobre el "comedero", hábiles en el chanchullo y la politiquería, doctores de la Universidad de San Marcos que con sus borlas y con sus togas fabricaron telones de boca, para encubrir las "combinaciones" de los gobiernos de pillos habidos en el Perú en los últimos tiempos. Ya estos técnicos en despotismo tropical enrumbaron definitivamente la política de Sánchez Cerro. En los mismos días en que se nos echaba de un teatro de Lima, a cintarazos, al público reunido allí para escuchar conferencias sustentadas por mi compañero Gonzalo Carnevali y por mí sobre la situación política venezolana, se clausuraba a bayonetazos el diario **Crítica**, por haber reproducido en sus columnas un artículo donde el Jefe del Aprismo, Haya de la Torre, enjuiciaba sin piedades al partido civilista y a una de las familias tradicionalmente adscritas a él, la Miró Quesada. Al mismo tiempo que el jefe del Gobierno contestaba a gritos, con soeces palabras que en lenguaje llano podrían traducirse al "haré lo que me dé la gana" a la multitud que protestaba por la forma sospechosa como el tribunal de Sanción Nacional tramitaba el juicio de Leguía y su pandilla, entronizaba el nepotismo en la forma más inmoral, designando a un hermano suyo reconocidamente incapaz para asesor de uno de los Ministerios, a otro como delegado del Gobierno ante la Junta que administra la Caja de Depósitos y Consignaciones, y a una amiga demasiado "íntima" para directora del más importante departamento del Ministerio de Salubridad.

Las últimas actuaciones de la Junta de Gobierno no dejan lugar a dudas respecto a su estructura y filiación fascista. Hace apenas dos días que el cable trasmitió noticias definitivas. Los mineros de Oroya fueron masacrados, siete de ellos muertos, muchos heridos y treinta líderes sindicalistas encarcelados. La Unión General de Trabajadores, en expresión de protesta, decretó un paro general de 24 horas. El gobierno ordenó la disolución de esa federación de productores y amenazó con el destierro y con la cárcel a quienes cumplieron su decreto sobre el paro, destruyendo, de paso, el derecho de huelga, que para los militantes de ideologías políticas de izquierda tiene el mismo valor fundamental que para los abuelos del año 10, una de las intangibles garantías individuales.

De estas premisas, tan desnudamente planteadas, no dejaría de extraer un reaccionario su cómoda y simplista conclusión, acaso sintetizada en la más tonta sentencia del refranero español: "Más vale malo conocido que bueno por conocer". Nosotros, revolucionarios de fe militante y enérgica, adoptamos una posición diametralmente opuesta. Leguía debía caer; y cayó. Sánchez Cerro y Cía., deben caer; y caerán. El retardo de la hora de la justicia no implica que esa hora no advendrá.

El nuevo Perú

Frente al Perú arcaico de los Sánchez Cerro y de los Miró Quesada, alianza del hombre de presa con el retórico asalariado, renuevo de la sociedad en comandita del fraile Valverde con el conquistador Pizarro, ha insurgido un Perú joven en su ideología, honrado en sus credos políticos y sociales, apto para rescatar a su pueblo del caciquismo y para enrumbarlo hacia el cabal desarrollo de sus posibilidades. En José Carlos Mariátegui, muerto prematuramente, y en Víctor Raúl Haya de la Torre, ha encarnado el pensamiento de la nueva generación. Mariátegui defendiendo una ortodoxa posición de extrema izquierda, Haya y su partido aprista colocados dentro de un criterio socialista menos radical, mas, interpretando ambos el fenómeno peruano marxistamente, han logrado formar conciencia anti-imperialista, despertar a las masas hacia anhelos de reivindicación menos gaseosos que los sustentados por la burguesía liberal y encuadrar en su posición exacta el problema del indio, el más urgente por resolver en el país. El Perú cuenta con cuatro millones de indígenas, concentrados en las ciudades del interior, en la puna y la sierra. Esta población aborigen, heredera del incanato, legataria de una cultura autóctona y de una tradición política colectivista, está entregada a la explotación de los gamonales, devengando salarios máximos de 7 y 10 centavos diarios, embrutecida por la influencia de una trilogía siniestra: la coca, el alcohol y el fraile. Fué González Prada quien precisó de primero el carácter económico-social de este problema, que la filantropía de algunas señoras rezanderas pretendió solucionar con misiones apostólicas. "Al que diga la escuela, respóndasele: la escuela y el pan. La cuestión del indio, más que pedagógica, es económica, es social", escribió González Prada en uno de sus últimos ensayos, cuando ya estaba libre de la influencia anarquista de Kropotkine. "Yo no creo que el problema del indio pueda resolverse sin resolver el problema de su tierra, que es el problema de su vida", escribe Haya de la Torre. "No nos contentamos con reivindicar el derecho del indio a la educación, a la cultura, al progreso, al amor, al cielo. Comenzamos por reivindicar, categóricaente, su derecho a la tierra", dice Mariátegui. Y por último, el doctor Abelardo Solís, autor de una interesantísima obra sobre la cuestión agraria en el Perú, concreta así su pensamiento: "El problema agrario no ha sido jamás un problema de legislación, sino un problema vital que no podrá resolverse mediante recetas legalistas". En forma doctrinaria expresan estos criterios el mismo sentido de prevalencia del problema económico sobre cualquier otro, que la intuición del soldado agrarista mexicano condensó en esta copla de un corrido popular: "Quisiera ser hombre sabio—de muchas sabidurías,—más mejor quiero tener—qué comer todos los días".

Conclusión

Repito, para finalizar, que considero transitorio el actual régimen reaccionario, de sable y espuelas, que sufre el Perú. Las fuerzas de izquierda, representativas de una nueva concepción de la política, enrumbarán definitivamente el criterio de las masas. Estas lograrán al fin la realización de sus anhelos de justicia social, imponiendo en la dirección del Estado a mandatarios honrados y no a estos agavillados del crimen y del latrocinio. Y se cumplirá la previsión conscientemente optimista de Haya de la Torre: **En el Perú, como en Venezuela, llegará la hora de la justicia, impuesta por la fuerza del pueblo.**

Rómulo Betancourt

San José, C. R., 1932.

Por qué Francia es rica

= De *El Espectador*. Bogotá =

Washington, D. C., 7 de enero de 1932.

Señor Director:

Tomo del último número del "Herald Tribune", de Nueva York, el artículo de Stephane Lauzanne, "Por qué Francia es rica", que le incluyo. Creo que su reproducción en la prensa colombiana puede sernos de gran utilidad. Pocas veces se lee un escrito que en tan cortas líneas y tan sencillas palabras, deje en el espíritu tan interesantes enseñanzas, grabadas en forma perdurable y vívida. Por lo menos a mí me ha causado esa impresión.

Necesitamos enseñanzas como las que nos da Lauzanne, ahora cuando somos víctimas de una crisis económica y financiera, debida en buena parte a los errores colectivos en un ciclo de imprevisión y casi de locura: ciclo durante el cual los gobiernos contrataban empréstitos en condiciones abusurdas y los invertían con corazón ligero, en que muchas gentes no se creían personas de calidad si no viajaban a París, aunque fuera hipotecando la casa o el pegujal, y en que hubo obreros que se bañaban en champaña.

Necesitamos volver a la modesta normalidad de otros tiempos; administrar la cosa pública como se hace hoy con el celo diligente de los negocios privados; viajar menos a París y bañarnos en los ríos, antes que en champaña. No dilapidar, sino gastar lo necesario. Y sin dar pábulo a la avaricia, pensar en que sin ahorros es imposible dar solidez a la fortuna privada o pública.

Lauzanne dice, como de paso, una cosa más interesante que todas las muy interesantes de su artículo. "Y como resultado de la multiplicidad de las pequeñas fortunas tenemos la multiplicidad de la pequeña propiedad. De los ocho millones seiscientos mil campesinos franceses, un gran porcentaje posee en propiedad una granja"...

He ahí la gran verdad de la fuerza de Francia. He ahí la gran necesidad de Colombia. Sobre este tema he pedido la atención del país hace largos años y en un pequeño libro que escribí en Lima en 1926, volví a este punto con encarecimiento. La subdivisión agraria fué uno de los principales objetivos de ese libro.

"Todos palpamos—dije entonces—que hay al presente una fuerte levadura de corrientes comunistas por el mundo; de corrientes que proclaman corregir la injusticia con la injusticia, el odio viejo con el odio nuevo. Son el fruto enfermo de una reacción originariamente justa, necesaria y laudable. Son la consecuencia desgraciada de regímenes poco previsores. No debe matarse la anarquía a balazos; debe matársela no dejándola nacer. Y el modo de no dejarla nacer consiste en facilitar al hombre, cualquiera que sea su condición, los medios honestos de ser libre y ser independiente, de procurarse siquiera un mediano bienestar. Y uno de los elementos más eficaces de esta obra, consiste en promover y llevar adelante con perseverancia, una adecuada distribución de las tierras. Esta es, o ha de ser, una de las preocupaciones primordiales de Colombia en la presente hora; y debiera realizarse tanto respecto de las tierras baldías, como por la compra de algunas vastas propiedades, para vender en parcelas. Conviene descongestionar los grandes centros; tornar al pobre, vencido por la humillación y la mugre y el hambre en las capitales, en el trabajador alegre y reconfortado de una tierra propia. Allá es una carga y un peligro; acá, un elemento de producción y de fuerza y de orden para la república.

Concluyo deseando a usted cumplido bienestar y suscribiéndome su amigo afectísimo,

Fabio Lozano T.

Hay un viejo cuento del siglo diez y siete que todos los niños franceses aprenden en la escuela, con los primeros rudimentos de la lectura y la escritura. Se llama "La Cigarra y la Hormiga", y cuenta la sencilla historia de una cigarra que habiendo cantado todo el verano, se encuentra al llegar el invierno sin reserva alguna de alimento. La cigarra se acerca a la hormiga y le pide un empréstito de moscas y gusanos muertos. Pero la hormiga, que es la economía misma, responde: "Qué estuviste haciendo todo el verano? A lo cual dice la cigarra: "Me la pasé cantando". "Con que cantando", exclama la hormiga, "pues ahora puedes bailar".

Este cuento parece hoy un símbolo de Francia y del mundo. Algunos piensan que si Francia está hoy a la cabeza del mundo, con unos pocos cientos de miles de desocupados, mientras que Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos se debaten con sus millones de sin trabajo, se debe a que ese país es predominantemente agrícola, y por consiguiente está menos sujeto a contingencias industriales. Por eso hoy agrega a lo que le da la fortaleza económica el hecho de que ganó la guerra y tiene buena suerte. Otros, por fin, como Lord Cecil de Chelwood, afirman que "la causa primordial de la crisis del mundo es falta de confianza".

Puede muy bien suceder que todos estos comentadores estén equivocados. La verdad es mucho más sencilla. Lo que pasa es que por diez años el mundo ha estado habitado por cigarras que creían en el verano eterno. Se la han pasado cantando, y el canto de la cigarra es un canto de fe, de demasiada fe. Y hay otra verdad, y es que sólo existe una nación de hormigas en el mundo: Francia.

Desde luego que Francia no es nación de grandes empresas ni de grandes proyectos. Es una nación de pequeños, mediocres y económicos ciudadanos; pero todos tienen por lo menos una virtud, la previsión. La previsión se compone de una elevada proporción de desconfianza. La previsión consiste en decirse a sí mismo: "De qué vamos a vivir mañana? Tenemos el futuro. La gente se burla de la vejez, de la rutina, de la mezquindad de sus concepciones. Pero esa nación no bota por la ventana ni su propio dinero ni el de sus vecinos. Aborrece las deudas. Cree, sobre todas las cosas, en el ahorro. Alguien ha dicho: "El pueblo americano sabe gastar el inglés prestar, y el francés, ahorrar". Nada más cierto. El francés considera el ahorro como una religión. Y practica esa religión fervorosamente.

Tenemos un ejemplo. Un campesino americano regresa a su casa y dice a su mujer: "Están vendiendo unos refrigeradores modernos, lindos, utilísimos por sólo cuatrocientos dólares. Quieres que compremos uno?". La mujer, sin duda, dirá que sí, y el refrigerador se comprará por contados. Pero si un campesino francés, al llegar a su casa, hace la misma propuesta a su mujer, su mujer le responderá inmediatamente: "Espera un momento. Cuánto tenemos economizado?". "Mil dólares". La mujer responde: "Hay que esperar a que tengamos dos mil dólares". Y los campesinos esperarán. Y comprarán el refrigerador al contado. En Francia los contados existen para el ahorro, no para el gasto.

Esta nación de gente que ahorra es también de infatigables trabajadores. Fué tanto a fuerza de trabajo como a fuerza de ahorro como Francia restau-

ró sus regiones devastadas. Algunas aldeas de la región de Verdún y del norte, habían sido literalmente barridas de la faz del planeta. No quedaba una piedra, ni un árbol, ni una hoja de grama. Sin embargo, la gente volvió allí después del armisticio. Comenzaron a reconstruir, a arar otra vez, a plantar de nuevo. El gobierno, desde luego, les prestó ayuda financiera: pero lo curioso es que al cabo de seis años estuvieron en capacidad, estos habitantes de aldeas reconstruídas, no sólo de pagar sus impuestos, sino también de poner dinero aparte; y los bancos de ahorros locales están hoy tan prósperos como los de las provincias no tocadas por la guerra y la invasión.

El resultado es una multiplicidad de pequeñas fortunas. Y como resultado de la multiplicidad de las pequeñas fortunas, tenemos la multiplicidad de la pequeña propiedad. De los 8.600,000 campesinos franceses, un gran porcentaje posee en propiedad su granja. De los 12.000,000 de trabajadores industriales 1.000,000 por lo menos son sus propios patrones. Pero el ejemplo más conspicuo lo da el Banco de Francia, que es la torre blindada de las finanzas francesas. A la reunión general de accionistas de ese banco, celebrada el 31 de diciembre de 1930, no menos de 31,458 accionistas podían dividirse, según datos oficiales, como sigue:

Propietarios de una acción. .	11,078
Propietarios de 2 acciones. .	7,215
Propietarios de 3 a 5 acciones	6,905
Propietarios de 6 a 10 acciones	3,294
Propietarios de 11 a 20 acciones	1,531
Propietarios de 21 a 30 acciones	706
Propietarios de 31 a 50 acciones	370
Propietarios de 50 a 100 acciones.	226
Propietarios de más de 100 acciones	133
Total	31,458

Esto significa que el número de dueños de una acción subía a 35 por ciento del total, el número de dueños de una o dos acciones subía al 58 por ciento, y el número de dueños de una a cinco acciones excedía del 80 por ciento; es decir, constituía cuatro quintos del ejército que ocupa la mayor fortaleza financiera del país.

Otro ejemplo curioso e impresionante nos lo dan las estadísticas de las herencias. En 1929, murieron en Francia 390,821 que dejaron propiedades; y tales propiedades fueron avaluadas en 10,938.000,000 de francos (cerca de $ 415.000,000). De estas 390,821 personas, cerca de dos tercios—en números precisos 260,136 individuos—dejaron sólo 10,000 francos, o sea $ 400 cada uno. Y 115,399 dejaron propiedades de $ 400 a $ 4,000. Había sólo 875 personas que tuvieron fortunas de más de $ 40,000, y sólo dos millonarios—en pesos americanos—que dejaron $ 2.000,000.

Qué mejor prueba puede ofrecerse de la extremada división de la riqueza en Francia? Por 875 ricos—admitiendo que sean ricas las personas que tienen un capital de $ 40,000 a $ 1.000,000—hay 37,000 pequeños propietarios. Esto es lo que hace su fuerza y su riqueza. Con frecuencia se habla del muro de plata de un país. El muro de plata de Francia está constituído por pequeños ladrillos, que se han añadido gradualmente unos a otros, a fuerza de trabajo, tiempo y paciencia.

Y para este muro cada cual aporta su piedra, sin premura. Hace poco le oí decir a uno de los principales manufactureros textiles de París: "Es evidente que los tiempos son malos. Pero yo no me quejo. Hace seis meses que remiendo en mis fábricas. Y hago dinero con mis remiendos!"

Trabajar en remiendos, eso es Francia. Tantos otros habrían podido hacer remiendos, en vez de estar siempre tentando cosas nuevas y costosas. Francia sabe que no hay que confiar demasiado en los ahorros de los otros.

Stephane Lauzanne

Documentos alusivos...

(*Viene de la página 164*)

las calles; en síntesis, el crimen imperando de nuevo en el Perú.

A todas éstas, mi paisano Arévalo Cedeño, general él y ultra-reaccionario, por más señas, anda diciendo en banquetes limeños, apestosos a flirteos militaristas, que el Comandante de Arequipa es un "Presidente demócrata", elevado a la posición que ocupa por "la voluntad agradecida de su pueblo", para que se respiraran en el Perú "los aires purísimos de la libertad". Frente a esta voz que dice el juicio de la Venezuela cuartelaria, se alza la nuestra, intransigente voz de la nueva Venezuela, expresándole su solidaridad a los perseguidos peruanos y denunciando ante la conciencia viva de América al Comandante Sánchez Cerro como a un déspota más, de la misma incalificable ralea de los Machado y de los Gómez.

Para esta carta, y para las cuartillas que la acompañan, les pide sitio en Repertorio vigilante su siempre afectísimo,

Rómulo Betancourt.

Haya de la Torre es objeto en estos momentos de la persecución de Sánchez Cerro, quien ha ofrecido 5.000 soles por la cabeza de este líder, que es honra de la América.

Se encuentra frente a frente, la espada del machetón (tan abundante en nuestros pueblos latinoamericanos) y la espada del intelecto; la una menguando pueblos, y la otra libertándolos.

Los que en Costa Rica mantenemos vivo el ideal que sustenta este gran vocero de la juventud Latinoamericana hacemos pública protesta ante nuestros hermanos del resto del Continente, para presentar a la faz del Mundo la ridícula y taimada figura del actual presidente del Perú que en su afán de mando, sacrifica los más grandes valores peruanos para dar expansión a su perfidia e instintos sanguinarios.

Jaime Coto A., Carmen Lyra, Octavio Jiménez A., Juan José Palacios, Luisa L. Umaña Cordero, M. A. Argüello M., Jesús A. Argüello M., Nicolás Guerrero h., Arcadio Argüello A., Víctor M. Buján, Isidro Coto A., Juan José Vega Alvarado, Luis Vargas Piedra, Carlos Calvo V., Pedro Valverde C., Rómulo Betancourt, Carmen Valverde, Marcelino Canales O., Alejandro Montero S., Rafael Estrada, Julio C. Ovares, Alejandro Alvarado Quirós, Sam. Valverde.

El XXI aniversario de la muerte de Costa

(8 de febrero de 1932)

El homenaje en el Ateneo de Madrid

= De *El Sol*. Madrid =

DISCURSO DE UNAMUNO

Señoras y señores, o mejor, amigas y amigos: No sé cómo me van a salir estas deshilvanadas divagaciones respecto de aquel hombre a quien conocí y traté. Me va a ser muy difícil—creo que es casi imposible—separar la obra del hombre, porque un hombre, después de todo, en la Historia y para la Historia, no es más que su obra. Se puede decir que nacemos sin alma. Algunos mueren con ella: los que han dejado una obra; los demás, mueren sin haber cobrado un alma. Conocí, como digo, a Costa, y veo que ahora, como es inevitable en hombres como él, se va convirtiendo en un símbolo, casi en un mito, y va borrándose su propia personalidad. Debió de ser sin duda una—me figuro yo—de sus preocupaciones ver cómo ya en vida le iba envolviendo la leyenda, le iba envolviendo el símbolo que de él hacían, y en el cual había de ser enterrado. Que es una de las tragedias, en parte dolorosas y en parte consolatorias, la de la vida de un hombre que ve cómo el que es se va sintiendo borrado por el que de él hacen todos los demás. Y es que ya no es suyo; es de todos los otros, que han hecho de él otro hombre en el cual queda enterrado, pero que es el que vive y en el que ha de vivir siempre. (Muy bien. Aplausos).

Conocí a Costa, y como es natural, yo no puedo traer aquí al Costa que fué, sino a "mi Costa", al mío. Y acaso en él, sin duda, me he de meter yo mismo: es inevitable. Aquí le veríais los que tenéis ya cierta edad, cuando iba arriba a trabajar solitariamente. ¡Y hay que ver lo que es, y más en España, uno de estos trabajos solitarios, un trabajo de investigación y rebusca, donde no hay un ambiente de rebuscadores ni de investigadores, donde tiene uno que hacérselo todo! Cualquier español que haya hecho en artes, en ciencias, en letras, un descubrimiento significa mucho más que los que hayan hecho eso mismo en otros países; porque allí no lo hace él solo, sino que lo hacen una porción de compañeros de trabajo.

Y venía a trabajar indudablemente en trabajos que ya estaban hechos muchas veces. Alguna vez se lo dije yo: "Pero don Joaquín, ¡si eso está ya averiguado!" Pero él quería ir a las fuentes mismas. Esto tiene—dicen—un inconveniente. Cuando andaba estudiando la decadencia romana en los escritores romanos, haciendo caso omiso de todo lo que se había hecho en torno de aquéllos, yo me acordaba de los que dicen: "Sí, así sucede con estos españoles, que descubren el Mediterráneo". Pero yo digo: ¡Ah! ¡No es cualquier cosa descubrir el Mediterráneo!... Sobre todo para los que viven en él, que son los que no lo conocen. (Risas).

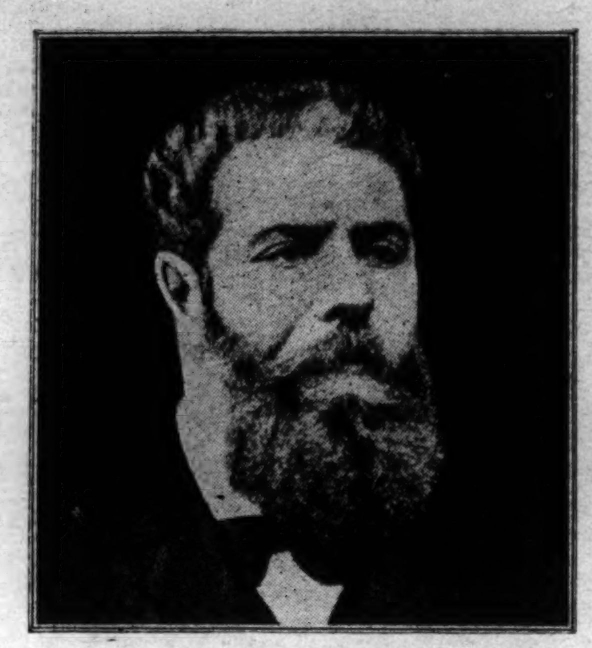
Indudablemente, si un hombre genial se encierra en un viejo caserón de un antepasado suyo que fué alquimista, con retortas y matracas del siglo XVI o XVII, y empieza a investigar, y, al cabo, descubre el oxígeno, se dirá que ya estaba descubierto; pero ya se verá si hay algo nuevo cuando haya encontrado el oxígeno. Ahí está toda la grandeza de los niños, que están descubriendo todos los días lo que los demás hemos encontrado ya!... Esto era Costa: un niño que se encerraba aquí a rehacer individualmente una cultura técnica que en España no existía en su tiempo. Aquí he visto trabajar a aquel hombre solitario; y cuando yo le veía sumido en el trabajo, pensativo, en aquel su amor loco, en aquel amor patético que tenía a España y a la cultura española, pensaba que en aquel encarnizamiento pasional sobre el trabajo, había algo más: trataba de ahogar cierta desazón íntima, lo que dijo una vez Carducci: "Mejor, trabajando olvidar; sin importarle este eterno misterio del Universo". Que los más grandes investigadores lo han sido acaso por una íntima desesperación. Aquel hombre tenía un carácter del que habréis oído hablar muchas veces. Dicen los que le trataron frecuentemente que era insoportable. Yo le traté poco. Conmigo fué amabilísimo, atento. Es más: muchas veces le contradecía, y no le ví irritarse nunca. Por lo cual sospecho que cuando se irritaba con ciertos contradictores, no sería por la contradicción precisamente. (Risas).

Costa vivió siempre en, dentro y para la historia

Aquel hombre vivió siempre en la Historia, dentro de la Historia y para la Historia. Toda su concepción era una concepción historicista. No había en él nada de lo que podríamos llamar metafísica. Yo podría decir que era, más que un espíritu platónico, un espíritu tucidideśtico; porque... está buen Platón, pero está mejor Tucídides. Aquel hombre tenía la preocupación de la Historia, y como era un historicista, era también un tradicionalista: un hombre que vivía por y para la tradición, comprendiendo, como es natural, que la tradición es una misma cosa que el progreso: es la tradición del progreso, como el progreso es progreso de una tradición. (Para que marche un carro es menester que haya un carro). (Aplausos).

Este hombre era un tradicionalista, hasta en el sentido específico que en España se da al tradicionalismo. ¡Cuántos puntos de contacto tenía con nuestros sinceros, ingenuos y castizos tradicionalistas españoles!... Y era también, en este sentido, un conservador. No hay que asustarse de la palabra. Era, naturalmente y sobre todo, un español. ¡A él sí que le dolía España! Era un español. Fomentó aquello de la europeización, in-

(Pasa a la página 171)



Joaquín Costa

DISCURSO DE LUIS BELLO

= De *Luz*. Madrid =

Mis amigos del Ateneo han querido que sea yo quien lleve la voz en su nombre y abra este homenaje a la memoria de Joaquín Costa. Agradezco el encargo, que me honra, aunque no pueda llevar la voz por nadie, porque apenas tengo para hablar por mí.

Resurrección del programa

Veintiún años. En realidad Costa llevaba ya mucho tiempo muerto cuando murió. Pero en esos veintiún años lo hemos resucitado tantas veces que hoy al empezar a escribir, veo la gran diferencia entre éste y otros aniversarios. Aquí no es preciso dibujar la silueta de Costa. Ni la semblanza agregaría nada ni hay para qué volver sobre las anécdotas. Este no es un hombre que se define por anécdotas. La anécdota fué inventada para no pensar más en el protagonista y dejarle ya caracterizado para siempre con la máscara que deseemos ponerle, y en el mejor caso con el gesto de un momento. Casi todas las anécdotas son impías. Proceden, sin embargo, en estas ceremonias y conmemoraciones, porque en los plantos no faltaron nunca, y si ahora nos parece—o me parece a mí—que huelgan, es precisamente por eso, porque no debe haber planto, porque Costa tiene derecho a que le veamos hoy desprendido de su parte mortal. Además, nuestra época pide que los homenajes sean desarrollo de las ideas peculiares con valor subsistente, aportaciones a los mismos estudios, contribuciones a la misma obra. Por eso querría yo que ahora se nos diera como tributo a Costa la última palabra, la actual, sobre estudios ibéricos, por ejemplo: sobre ensayos de etnografía, de mitología hispánica, de derecho español. Que nos ratificaran o nos desengañaran sobre las posibilidades de nuestro colectivismo agrario tradicional, espontáneo y autóctono—su gran pasión de labriego, terruñero—. Y si era posible..., si era posible... allá para el centenario, para 1947, fecha en el aire, que verá el que la vea, pero que llegará de sorpresa, querría yo también que se nos explicara. "Así hemos

(Pasa a la página 173)



Marianne von Willemar (*Suleika*)

Persiflage

Goethe y el tiempo

= Colaboración directa =

Para Eugenia Louisa Victoria von Geisenheimer, de cuyos labios oí por primera vez versos de Goethe y cuya bella voz es por eso inolvidable para mí que tanta cosa olvido.





Elisabeth Schönemann (*Lili*)

El tiempo, que lame, que muerde, roe, desfigura y borra tanta cosa; que hace dulce mucho que fue agrio (**Las flores del romero, niña Isabel**) y amarga mucho que fue dulce; que a esto le da filo y pone romo aquello; que vuelve útil lo inútil de otra hora y lo útil vuelve inútil tantas veces; el tiempo, con sus mutaciones y sus reversiones, con su ritmo constante—su constante invierno, su constante primavera, —constancia que no es perennidad sino fiel recurrencia; el tiempo es guía indispensable para seguir con acierto intelectual, quien lo desee hacer, el trazo de la personalidad de Goethe sobre la que descansa su obra. A unos les bastará con asomarse a esa personalidad un instante y sacar de la experiencia un goce efímero o una efímera ceguera de deslumbramiento, ni faltarán aquellos a quienes el propio Goethe—en el Sueño de la Noche de Walpurgis—llama **los amazacotados**—los de erudición vulgar—que creen que Goethe fue y es para ellos y que en discursos y en lecturas municipales empañan, a fuerza de citas sin nexo, y destruyen, por el esfuerzo de convertirla a su propia esmirriada semejanza, la claridad de cielo y la belleza nítida de la obra del poeta. A esos el tiempo no les ha de importar; pero para nosotros será indispensable —digámoslo segunda vez—porque deseamos hallar en la personalidad de Goethe una significación definitiva que nos convenza de su grandeza.

Hoy hace cien años que murió el grande hombre. De su último aliento nos separa un siglo, ¡pero cuánto más de su primer aliento! Venido al mundo en 28 de agosto del 1749—en Frankfort—murió — en Weimar — a los 83 años de nacido. En ese casi siglo de su vida hay que reconocer, si le hemos de hacer justicia, varias vidas, y en cada una de éstas una riqueza fabulosa de matices, de ritmos, de tendencias, de orientaciones, de encontradas corrientes menores dentro de la corriente caudal de su constante devenir; de manera que de Goethe es necesario hacer primero una cronología: saber decir—poder decir—de cada cosa suya la época, el año, el mes, el día, la hora, así como de una formación de nubes hay que especificar la geografía del cielo, el cuartel del espacio, la estación, el viento.



Juan Wolfgang Goethe

(Dibujo de *Lips* hecho en 1791)

Para comprender a Dante hay necesidad de ello, pero con menor minuciosidad de detalles. Shakespeare casi no requiere estudio así. Dicho de otro modo, el florentino y el inglés—los únicos con quienes es dable comparar a Goethe —estaban más apartados de la naturaleza que el alemán: Dante vivía en intelecto puro, Shakespeare en pura fantasía: Goethe es el poeta de los tres que completamente vivió la vida. Ni se puede alegar a favor de Dante en este punto su intensidad política, ni a favor de Shakespeare el amor a las flores, a los árboles, a los ríos y al canto de los pájaros, —que es lo que los ingleses llaman naturaleza, — porque Shakespeare y Dante vivieron en el mundo, pero Goethe fue el mundo. El doctor Fausto de la primitiva leyenda se condenaba irremisiblemente, por darle gusto a esa cosa odiosa que es el protestantismo; luego, en las leyendas posteriores, se salvaba por mediación de agencias misericordiosas, para enaltecer la piedad; en el drama de Goethe Fausto se salva cuando en su actividad se unifica con Dios — el Dios en que Goethe creía.—Y Goethe desde temprano supo unificarse con la naturaleza: más bien que fluir en el tiempo, el tiempo fluía en él. Su Dios—digámoslo de una vez—era el Dios de Baruch, de Spinoza, y si la misión del hombre en la tierra—de la naturaleza hecha hombre—es obtener su salvación, y si la salvación se obtiene unificándose el individuo con Dios —que es lo que el **Libro de los Muertos** de los egipcios enseña y lo que también enseña Goethe, en la Segunda Parte del **Fausto** —nadie supo salvarse mejor que lo supo él.

Del cuadro de un primitivo—de Cimabue, digamos—no importa saber la hora; las figuras se destacan con sus ricos y puros colores sobre un fondo de oro, y están fuera del tiempo. No así con un cuadro de Corot, por ejemplo; aquí la estación del año se proclama a sí misma inconfundiblemente, y aun la hora del día—en Corot la primavera principiante y temprano en la mañana, por regla general. Al lado de Goethe resultan primitivos Dante y Shakespeare. No que tal o cual pasaje del florentino no tenga indicios de haber sido escrito en tal período determinado de la historia, por referirse a tal o cual

personaje o suceso y por no referirse a tal cual otro suceso o personaje; no, sino que esos detalles no varían en nada el discurso prefijado de la obra. Ni es tampoco que en la escena, por ejemplo, del **Cuento de invierno** en que Perdita recita su linda letanía de las flores no nos esté indicando Shakespeare que la acción del drama se desarrolla en primavera cuando ya casi va a comenzar el verano, sino que ello nada nos revela de si en la vida del poeta cuando escribió esa escena era otoño o qué estación, ni nos importa saberlo salvo por curiosidad de generosos enamorados de su obra. En cambio, con Goethe, para comprenderle es necesaria —digámoslo por tercera vez—la base cronológica. Veamos si no.

Goethe tenía diez años no cumplidos cuando, en la carta de **Literaturbrief** del 16 de febrero de 1759, Lessing el primero en el siglo XVIII señaló las grandes posibilidades que, como tema nacional alemán y para su desarrollo literario entrañaba la leyenda siglo dieciséis del doctor Fausto. Casi once años más tarde, en 1770, comienza Goethe a escribir su grande obra, y no le pone punto final hasta ya para cerrarse para siempre sus ojos, ávidos aún de luz. Si de Lessing le vino el pensamiento de **Fausto,** la inspiración vivió en Goethe setenta años, y más que setenta años de labor—lo cual sería impropio decir—lo que hay en el **Fausto** es setenta años de vida, y en esa vida ¡cuántas vidas de Goethe! Por eso el **Fausto** es obra tan singularmente varia. Sólo los primeros libros de la Biblia, tan de tantos, lo son más, que así como éstos más bien que la historia dicha en palabras son historia **hecha** palabras, así, más bien que fruto de una vida, el **Fausto** es la vida misma, hecha de muchas vidas, en toda su riqueza de detalles trascendentales, de mutaciones, de acreciones, de tendencias, de orientaciones, de omisiones, de recuerdos y esperanzas, de remordimientos y aspiraciones de casi día tras día, de casi hora tras hora. Porque Goethe fue escritor siempre subjetivo. Sólo una mínima parte de su voluminosa producción literaria es objetiva e impersonal, surgida, esto es, de un impulso artístico consciente. La mayor parte de cuanto escribió—hasta cuando hacía ciencia—es reflejo inmediato y espontáneo de sus sentimientos y experiencias. En los setenta años que la más admirable y admirada de sus obras gestó—naciendo en trozos que no de una sola vez —él fue expresando en ella la variedad riquísima de sus sentimientos y experiencias, resultando el conjunto de una multiplicidad de aspectos que es a la vez deleite y desconcierto del lector.

Después de publicadas, sueltas y sin el orden que tienen en el libro, diversas escenas, la Primera Parte del **Fausto** se publicó íntegra por primera vez en el 1808. Su publicación corona y cimenta en Alemania el triunfo del Romanticismo; y esto es sorprendente, porque Goethe, hacia ese año del ochocientos ocho, ha venido siendo, en contra del Romanticismo precisamente, el paladín del Clasicismo, el abanderado de las huestes de Winckelmann. Aquí hay misterio. Y el misterio se resuelve si nos valemos de nuestra tabla cronológica y nos damos cuenta de que, si bien Goethe no sentía el entusiasmo de los nacionalistas alemanes que a principios del siglo XIX esperaban ver surgir de nuevo la gloria del Imperio de Barbarrosa, el **Fausto** en cambio lo había comenzado en el setecientos como hemos dicho, en Estrasburgo, donde el estilo gótico, cuya significación nacional Herder le enseña, le parece símbolo del ideal alemán que por entonces alentaba en él, un ideal distinto de lo que había en la atmósfera clásica y racionalista que había respirado años antes en Leipzig y opuesto a los gustos que por entonces prevalecían en Francia. Herder le enseñó también a conocer y amar la **Volkslied**—la poesía del pueblo— y si recordamos lo que del tema de **Fausto** había dicho Lessing y pensamos en el Goethe de Estrasburgo que no en el de Weimar, veremos cómo fue posible y aun lógico que el **Fausto** en el 1808 resultara obra netamente alemana y marcadamente romántica no obstante ser su autor ciudadano del mundo—**Weltbürger**—y clasicista militante por añadidura.

A Goethe, pues, no es posible reducirlo a una fórmula única. Evade toda catalogación dentro de una sola escuela o tendencia. Su universalidad y multiplicidad maravillosas, hijas de la continua renovación de su personalidad siempre bien definida y siempre distinta, exigen que de él se piense no en singular sino en plural. Y por esto puede perfectamente su nación verse como encarnada en él, pues Alemania es como Goethe: gótica en su estructura y adoradora ferviente de los mármoles de Roma; esencialmente romántica y la más ilustre descubridora y maestra del Clasicismo, todo a la vez.

No toda la obra de Goethe es perfecta, y ni siquiera grande. Hablábamos del tiempo. El tiempo le ha robado **pcignancy** al **Werther.** La **Achilliade** puede fastidiar; quizás siempre haya fastidiado. Ni en el verso en que la puso años después de haberla escrito en prosa nos cautiva su **Iphigenie.** ¿A qué seguir anotando estragos del tiempo? Pero hay algo en lo mucho que Goethe escribió, de perfección eternamente nueva, eternamente fresca: su lírica. Alemania, bien entendida, es nación esencial y fundamentalmente de lirismo puro, espiritual, así como Francia es fundamentalmente epigramática, España elegiaca, Italia épica y dramática Inglaterra. En Francia el epigrama triunfa e impera desde la aguda manera de decir de Francois Villon hasta los pareados alejandrinos del teatro y hasta la canción de café cantante; en España todo tiene sabor a elegía, hasta cuando el cantar es épico como el de **Mío Cid** que plora por todos los ojos, y hasta cuando es dramático, como en **La vida es sueño,** teniendo que contar desde luego con las **Coplas a la muerte de su padre** del insuperable Manrique, con lo más bello de Garcilaso, con lo más sentido de Fray Luis, con lo más fino de Lope y de Góngora, hasta lo mejor que hay en Juan Ramón Jiménez; en Italia el laurel de la epopeya ha hallado suelo propio desde Virgilio, y haciendo un gran salto para sólo mencionar a Dante y Tasso, fijémonos en que hasta Carducci y el propio D'Annunzio tienen épico aliento como lo tenía y de sobra mi adorado Petrarca; mientras que de Inglaterra basta decir que desde el **Beowulf** hasta Hardy todo es drama, sin poderse escapar pero ni Milton, porque el **Samson Agonistes** es tragedia pura y el **Paradise Lost** no podría ser más dramático ni arreglado para las tablas. Así Alemania es la tierra por excelencia de **minnesingers y meistersingers,** de melodía pura; tierra de Bach y de Beethoven y de Wagner, que son todo melodía, todo lirismo; y en su lírica Goethe dió voz purísima a lo más hondo y más bello del alma alemana. En su lírica la primavera le es constante a Goethe. La musa lírica de Goethe tiene siempre veinte años a lo sumo.

En un año se cuenta todo Shakespeare y hasta todo Dante. Decimos que la **Vita Nova** es floración, y fructificación la soberbia **Comedia;** decimos que son flores los poemas y las primeras producciones para el teatro, de Shakespeare, y madura fruta **Hamlet** y **La tempestad;** Dante y Shakespeare tienen cada uno una primavera sola y un único otoño magnífico. Goethe tiene primaveras diversas; él es el año que viene y se va y vuelve otra vez. Otros tuvieron tantos amores como Goethe, pero unos amores fueron primaverales y otros, los ardientes, veraniegos, y los últimos otoñales y llenos de lamento. Con Goethe la primavera y el amor llegaban siempre de la mano. Con cada nuevo amor florecía todo él y se renovaba. Y para el propósito de clasificar los períodos en que se divide su lírica, hay que dividir los años de su larga vida en épocas correspondiente cada una a un amor suyo, amor efectivo, de carne y hueso. Digamos los amores de Goethe:

Su primer amor fué Gretchen, de por el 1764; amor del que cabe pensar que sería lo que llenó al poeta de los remordimientos que tan bien supo expresar en la tragedia de Margarita, el episodio más romántico del **Fausto.** Luego, en 1765 y en Leipzig, aprende a escribir anacreóntico verso y Anna Katherina Schonkopf—la Katchen de las **Memorias** —es la Annette de sus primeras canciones. Susanne Katharina von Klettenberg, de regreso el poeta a Frankfort, es quien lo induce al estudio del ocultismo, de la alquimia, de la astrología, y quien le infunde misticismo religioso de primavera de Pascua Florida. A ésta sigue, la primavera de Sesenheim de Friederike Brion, la más linda de sus primaveras todas, la primavera de sus primaveras, la que le inspira aquellas canciones como **Kleine Blumen, kleine Blatter** que inician una nueva época en la lírica alemana. Al idilio de Sesenheim sigue atormentada pasión por Charlotte Buff, en Wetzlar; pasión atormentada por más que intente ocultárnoslo, y cuya expresión cabal—tormenta en primavera —es el **Werthers Leiden** de 1774; y, cuando la tormenta cede, la primavera que le queda, primavera sencillísima, casi boba como suele ser tantas veces primavera,—boba la pintó Botticelli,— es Maximiliane von Laroche en la Rhenania.

En 1775 es Lili Schonemann su primavera dorada: Era hija de banquero,

y la más bella de las mujeres de Goethe. Goethe renuncia a cortar sus flores al romper su compromiso de matrimonio con ella. Le basta haberla conquistado. Y si en el **Werther** ha proclamado el evangelio de que el mundo es de los fuertes (ante la pasión por Charlotte Buff él se ha sentido derrotado), ahora, con el triunfo de Lili, celebra en el **Egmont** el poder satánico que verdaderamente él poseía para enamorar a las mujeres.

En Weimar, adonde se traslada, en el otoño de ese año, la primavera le llega intelectual con el más intelectual de todos sus amores. Segunda Charlotte—Charlotte von Stein—, casada, siete años mayor que él y madre de siete hijos, es quien le inspira. Y como esa primavera se vuelve autumnal en el curso de un reinado ininterrumpido de más de diez años; como, decimos, la primavera parece no querer volver a él, él va a ella. En Weimar la primavera llega siempre del sur, y hacia el sur va Goethe, a escondidas de Charlotte. Al fin y al cabo, que la primavera llegase a él o él a ella, lo mismo daba. Su primer viaje a Italia fué toda una liberación, como la primavera ha de ser siempre para el año.

Sus amorcillos de Roma los celebra Goethe en las **Romische Elegien**. y si con aquellos borra su pasión por Charlotte von Stein, con estas elegías brota una nueva rama su árbol lírico siempre en flor. Vuelve a Weimar, pero no a los brazos de Charlotte. No. La menos interesante de sus mujeres, la pobre y santa Christiane Vulpius,—no desemejante a la Francisca Sánchez de Darío,—cuida, solícita, de su humanidad, y en el 1789 le da el único hijo que él engendra. En el 1806 hace Goethe su esposa legal a Christiane, y si se cree que allí termina su primaveral carrera, como con el común de los mortales, no hay más, para salir de dudas, que recordar que al año siguiente Bettina von Arnim primero y Minna Herzlieb después son pájaras (de cuento, de novela, la Bettina) que anidan en la primavera de su corazón.

Y aun más tarde, en el 1819, cuando nada nuevo se esperaba ya de él, viejo de setenta años, da al mundo las poesías fresquísimas del **West-osterlich Diwan,** que celebran su amor primaveral, de desde el 1815 hasta la fecha anterior, por la Suleika de los versos floridos, la primavera juguetona, y canora ella misma, encarnada en Marianne von Willemar.

Ni es Marianne la última primavera del poeta. Falta Ulrike von Levetzow, responsable de una pasión que le inspira a Goethe la **Trilogie der Leidenschaft** en el 1822. Y diez años más tarde, cuando, a los 83 de nacido, Goethe agoniza hacia el mediodía del 22 de marzo del 1832, sus viejas manos sabias, que la agonía entorpece, hacen en el aire, en primaveral delirio, como que acarician una linda cabecita de negros bucles para la que tiene sus últimas palabras de amor.

El **Fausto** quizás sea la **Divina Comedia** del humanismo del siglo XVIII, como creo que Novalis afirmaba. Una cosa es cierta: Goethe no fué Dante, el del amor único. Dante pudo abrirse camino recto a través de las ciudades del dolor hasta la visión de la rosa central del Paraíso, guiado por amor solo y eterno. Fué de otro modo—el modo de Fausto—como Goethe se hizo uno con Dios,—el Dios de Spinoza en quien creía, el Dios de quien la naturaleza es la vestidura,—y de sí como de toda la humanidad es que él puso en boca del Señor aquel verso suyo supremo de:

Es irrt der Mensch so lang er strebt (1).

Hoy hace cien años que cesó su aspiración, su esfuerzo individual. Cuando pensemos en su nación y nos vengan a la mente los yerros por ella cometidos—¿qué nación no ha cometido yerros?;—cuando recordemos cómo a Nicaragua llegaron una vez, en el 1874, sus barcos de guerra con amenaza de cañones a quitarnos el pan de la boca y a humillar nuestra bandera; cuando recordemos los pecados de la Alemania de garras de águila y pico de buitre—¿y qué gran potencia no es ave de rapiña?—sea en loor y por gracia de Goethe—que no hay cómo podamos pagárselo a Alemania quienes amamos la belleza—que pensemos que ha sido al margen de aspiraciones nobles que Alemania ha errado y digámosla salva de alma.

Puntarenas, marzo, 1932.

Persiles

(1) Es del hombre errar mientras tiene aspiraciones.

DISCURSO DE UNAMUNO...

(Viene de la página 168)

ventó lo de la europeización en puro españolismo, porque era, como Job, un hombre de contradicciones interiores. Era un hombre que vivía de luchar dentro de sí mismo, y cuando decía europeización—como cuando lo decían otros—, acaso, en cierto modo, quería decir españolización de Europa. Un español no quiere europeizar España, si no es intentando, en cierta medida, españolizar a Europa; es decir, llevar lo nuestro a ellos, en cambio mutuo.

Recuerdo cuando me puse yo en relaciones con él. Fué cuando hizo sus trabajos sobre el Derecho consuetudinario, al que yo aporté un modesto tributo sobre la organización de las Cofradías de pesca en la costa vasca. Y todo aquel trabajo no fué sólo suyo, sino de los demás; porque este hombre solitario tuvo la honda virtud de hacer trabajar a los demás, de poner en movimiento a todos, de ser un centro de reunión, un foco para una porción de espíritus. Luego hizo aquel trabajo de colectivismo agrario... (Es curioso que aparezca aquí la palabra agrario; el lo fué de verdad). Hizo un estudio de colectivismo agrario buscando nuestras tradiciones españolas, una organización democrática, honda, de los pueblos; una organización que se ha ido borrando. Yo he conocido restos de algo que va desapareciendo. Y aquí sí que se encontraba con ciertos elementos tradicionalistas. Hasta tal punto le llamaban la atención, que en un libro poco conocido, que se llama "Detrás de las trincheras", escrito por don Julio Nombela, que había sido secretario de Cabrera, se habla de un plan económico y de gobierno que a don Carlos de Borbón, conocido por Carlos VII, o Carlos Chapa el Pretendiente, le presentaron el canónigo Manterola, don José Mendiluce Caso y... no me acuerdo de algún otro; eran exactamente, en el fondo, casi las cosas de Costa; por lo cual yo he solido decir a los que tienen una idea fantástica del carlismo: "Lo hondo y popular del carlismo, quien lo formuló fué Costa". También se cuenta que cuando se lo presentaron a don Carlos el Pretendiente, dijo: "Sí; me parece más espartano que ateniense".

Es algo extraordinariamente curioso. ¡Qué raíces tiene este hombre con todo el viejo tradicionalismo español! Recordemos aquella misma frase suya de "política de alpargata y de calzón corto", de la cual yo no participo; ruralización, no; es lo contrario de civilización. El tenía una honda fe en los labriegos. No sé si cuando murió tendría tanta fe en los labriegos como cuando empezó con aquello de la Cámara Agrícola del Alto Aragón ..

Pues, como os iba diciendo, esto era una cosa honda de la vida rural, de colectivismo agrario y de federalismo; porque, realmente, la mayor parte del viejo tradicionalismo español ha sido siempre profundamente federal. Aquí hay que acabar con una leyenda: y es la de la centralización de la Monarquía española.

La leyenda de la centralización

La Monarquía española ha sido una de las menos centralizadoras. ¡La francesa sí que fué centralizadora! ¡La francesa, y... lo que sucedió a la Monarquía francesa, que es, bajo otra forma, también Monarquía! ¡Aquello sí que era centralizador!

Este hombre hizo luego, aquí en el Ateneo, aquella información sobre "Oligarquía y caciquismo", a la cual concurrimos cerca de una cuarentena de personas conocidas en España. Y recuerdo también, y puede verlo cualquiera, que de toda aquella cuarentena no hubo más que dos que discreparan un poco y se atreviesen, es decir, nos atreviésemos, a tratar de justificar o explicar en cierto modo el caciquismo. Fuimos mi buena amiga doña Emilia Pardo Bazán y yo.

El caciquismo se modificará, pero no desaparecerá

Me acuerdo mucho cuando yo defendía aquello del caciquismo como la forma natural de organización, diciendo: "En el pueblo en que no hay cacique se fomenta el caciquismo y se obliga a ser cacique a cualquiera. Y algunas veces ocurre que obligan al que menos condiciones tiene para ello. ¡Y figuraos un pueblo en que se quiere que sea su león un ciervo!... ¡Es una cosa terrible!... (Risas).

Es tan hondo esto como el estado de guerra civil, que viene ya desde la época de los romanos, y de aquellas costumbres

de agermanamiento. Una vez me preguntaba un inglés:

—Dígame usted: de hecho, aquí, en los pueblos, ¿cómo están divididos políticamente?

—Pues... verá usted—le dije—: en dos partidos: los antiequisistas, que siguen a Zeda, y los antizedistas, que siguen a Equis. (Risas).

Y es tan honda esta organización del caciquismo, que dudo que desaparezca. Se modificará, cambiará, se dignificará, se civilizará; pero... ¿desaparecer? Cuántas veces en estos días, no tan turbios, de pasión—y eso es bueno—, cada vez que oigo que alguien se levanta y empieza a trinar contra un cacique digo: "¡Bueno: éste, o aspira a cacique o está defendiendo a otro cacique!" (Risas y grandes aplausos).

El cirujano de hierro

Aquí se ha dicho lo del "cirujano de hierro". Realmente, ésta fué una de tantas cosas de aquella fantasía, de aquella encendida retórica (le doy un alto sentido a lo de retórica; ¡cuidado con eso!; ¡la retórica salva a muchos pueblos!) que daba un alto sentido a lo del cirujano de hierro, detrás de lo cual se veía el caudillaje. Y no me extraña que en la época de aquella lamentable dictadura surgiera aquel que no era un cirujano, ni de hierro siquiera; a lo sumo, una especie de sacamuelas. Hubo entonces quien exhumó textos de Costa para justificar la dictadura. Yo creo que de Costa, como de una porción de gentes que tienen una personalidad, se pueden exhumar textos para defenderlo todo, lo uno, lo otro y lo de más allá; porque no son gentes de línea recta, sino que viven de un conjunto de contradicciones íntimas, que es lo que le da vida a uno.

El tenía el sentido íntimo de la tradición, y se iba a buscarla en lo más remoto: en la civilización ibérica y celtibérica Hay obras de las cuales no queda una sola afirmación en pie, y, sin embargo, han sido las que han provocado la mayor parte de una porción de descubrimientos. Todo depende de eso, de lo que hacen despertar en otros, aunque sea por contradicción. Y aquél era un hombre de pasión y de corazón.

Pues en esto del tradicionalismo era tal y tenía tal amor, que cuando yo, en mi pueblo natal, con escándalo de mis paisanos (después comprendieron el interés que me guiaba), hablé de la agonía de nuestra milenaria lengua vasca, él me escribió una carta lamentándose y diciendo que sentía mucho aquello, que era una pena que esa lengua muriese. Yo le contesté:

"Mire usted, don Joaquín: como no puede ser lo que fué, ya le puede servir a usted muy poco para la investigación de las antigüedades ibéricas. Además, comprenda usted, nosotros no nos vamos a sacrificar en conservar una lengua así para que ustedes, los investigadores, puedan investigar. No; nosotros no somos conejillos de Indias".

¡Cómo se veía allí todo el amor que él tenía a estas cosas que son la raíz de la tradición patria! ¡Cuántas y cuántas contradicciones vivas, llenas de pasión, llenas de amor, había en él!

Todos recordaréis aquella otra frase (desgraciadamente, de él apenas se recuerdan más que frases, y como lo que envolvía esas frases, que era un deseo de vida, de alma, ha desaparecido, hoy os es muy difícil a los que no le conocisteis, sobre todo a los que no conocisteis la España de entonces, daros cuenta de cómo vibraban las gentes de entonces ante la voz de aquel hombre, que hasta en la voz parecía un profeta del Viejo Testamento): "Doble llave al sepulcro del Cid", en la misma época en que yo decía aquello de "¡Muera Don Quijote!" (Bien me pesó luego). ¡Doble llave! Y, sin embargo, aquel hombre estaba pensando siempre en la conservación para España del norte de Africa, y no sé si en algo más, si en la total conquista de ella. ¡Hay que ver en qué mar de contradicciones, en qué mar de perplejidades nos sumió el golpe de 1898! Sobre todo a los que entonces empezábamos a despertar a la más honda vida civil de la Historia.

¡Le dolía España!

Le dolía profundamente España, y rompía en aquellas imprecaciones contra un pueblo al que él creía sumido en una especie de apatía y de marasmo. ¡Cuántas veces nos dijo a todos los españoles, nos echó a la cara, aquello de "¡eunucos!" ¡Se hartó de llamarnos eunucos! ¡Y había que verlo llorar, sobre todo en sus últimos tiempos! Recuerdo que cuando fué a Salamanca, para asistir a una fiesta, dijo:

"¡Acaso el año que viene ya no podremos celebrar esto! ¡Seremos súbditos de los Estados Unidos!..."

¡Y cómo se le quebraba la voz, y le rompía lo que iba diciendo un sollozo! Eran cosas de enfermedad, indudablemente. Aquí se ha dicho que estuvo muriendo mucho antes de morir. En un alto y noble sentido, acaso se puede decir que nació muerto. Muerto para cierta vida miserable, y por eso eran aquellos sollozos. ¿Qué era un enfermo? Puede ser. Y acaso esa enfermedad es la que dió vida y pasión a todas sus obras. ¿Enfermo? Lo mismo dicen de Santa Teresa, que si era una histérica, una enferma... La enfermedad acaso le dió la genialidad. Hay quien no es enfermo; pero, en fin, así como el agua químicamente pura es impotable, el hombre que tiene una sangre fisiológicamente pura casi siempre es un imbécil. (Risas y aplausos). El que no tiene una dolencia cualquiera, una cierta toxicidad en la sangre que le arañe el cerebro, no discurre nada. Tiene una salud como la de una vaca.

Era un hombre enfermo

Sí; era un hombre enfermo. Había que ver a aquel hombre enfermo cuando, con motivo de la ley del terrorismo—que era una cosa así como la actual ley de Defensa de la República (Risas)—le hicieron venir a informar en el Parlamento (porque antes de votarse aquello se permitió una información pública). A mí, también. No me invitaron, casi me conminaron a que viniera, pero no vine. Y he oído decir que era una pena ver a aquel hombre, al cual tenían que llevar casi en brazos, que estaba derrumbándose físicamente, que estaba acabándose...

Pues la ley del terrorismo quedó fuera y no se publicó.

Luego recordaréis cuando fué elegido diputado para las Cortes como republicano, y no fué a las Cortes. Alguien ha dicho: soberbia. No; sin duda fué por defenderse de sí mismo; no habría hecho nada allí, sino precipitar probablemente su fin. Creo que hoy tampoco iría a nuestro Parlamento.

Aquel hombre, como os digo, era un hombre que vivía de pasiones, de contradicciones íntimas, de un dolor, de ver que se moría sin que se realizara el sueño de toda su vida: la España que él había soñado, la España de una tradición milenaria dentro de la cual había todas las posibilidades de un porvenir milenario también dentro de la cultura humana; aquella España en que lo general, lo universal, fuera lo particular. Porque no hay nadie que sea más de todos los tiempos y de todos los países que aquel que es más de su tiempo y de su país. El Dante, por haber sido el más florentino de los florentinos del siglo XIII y el hombre más hombre del siglo XIII, ha sido un hombre de todos los países y de todas las edades. No se llega nunca a una universalidad por diferenciación, sino al contrario; ni se puede nunca pasar de la pro-patria al extranjero sino cuando se ha rebasado de ella. Cosas malas esos productos de exportación cuando todavía aquí no han sido de ningún modo consagradas.

Contradicción y soledad

Este hombre fué un hombre de contradicciones y un hombre de soledad. ¡Ah! ¡Hay que saber lo que es un hombre de soledad! No sólo metido en Graus. A lo mejor, metido en una ciudad grande y viviendo entre los demás, y pareciendo un hombre social, y sintiéndose, sin embargo, en una soledad terrible siempre, en una soledad como aquella de Moisés de que hablaba el gran poeta Vigny. Aquel hombre se sentía solo. Al silencio de su soledad respondía el silencio de la soledad de lo alto.

Aquel hombre fué un solitario, un hombre de contradicciones y un hombre de anhelos.

Un recuerdo a Miguel Servet

En estos días estaba yo leyendo en una obra de un ardoroso calvinista una obra dedicada a "Calvino: sus cosas y su tiempo", la vida, y sobre todo el final, el proceso de otro gran aragonés, de Miguel Servet, y de otro Miguel, Miguel de Molinos; estaba leyendo toda aquella vida tormentosa de aquel Servet, 'el español", como le llamaban, de aquel hombre que pudo escapar de Francia y del cardenal Tournon cuando lo iban a quemar vivo, y que como escapó se le quemó en efigie, para ir luego a Ginebra, donde Calvino lo quemó vivo... ¡Si no le hubieran quemado unos, le habrían quemado los otros; que un hombre así, un hombre como Servet—hereje en el más íntimo sentido de la palabra, de todas las herejías, un hombre siempre señero y aislado—perece siempre a fuego lento o de los unos o de los otros, y a veces del propio fuego interior que le consume. (Muy bien. Grandes aplausos).

Unas palabras de Miguel Servet pintando la vida española que le encajan a Costa. Servet, investigador profundo y solitario, decía: "El espíritu de los españoles es inquieto y revolvedor de grandes cofres. Ostenta por simulación, quiero decir por habilidad, una cierta vistosidad, una ciencia mayor de la que tiene".

"Los españoles pasan, en cuanto a los ritos religiosos, por los más supersticiosos de los mortales", decía Servet. Pues, como Servet, somos muchos los españoles que también somos de esta manera: inquietos y revolvedores de cofres grandes. Acaso con una cierta vistosidad, puede ser que dando a entender una ciencia mayor que la que tenemos, ya que también nos gusta la sofística. Respecto a que los españoles pasamos por los más supersticiosos no quiero entrar en esto. No sé, a este respecto, cómo sentía el gran Costa. Nunca habló de eso. Pasaba por encima de ese asunto, que soslayó siempre. Ahora, yo tengo una cierta sospecha de que acaso no estaría convencido del todo de ese Dios, primer motor inmóvil de Aristóteles; pero sospecho también que creía en la Virgen del Pilar.

Intimo sentido de laboriosidad

Este hombre, después de una agonía lenta, luchando con su impaciencia por ver nacer una España nueva, por ver que las gentes se encendieran, se apagó tristemente en la villa de Graus. No olvidaré nunca el día en que, pasando por Graus, me enseñaron la casa en que él había muerto. Nos dejó un gran ejemplo; primero, de laboriosidad, pero de laboriosidad en el íntimo y profundo sentido de la laboriosidad, la que procede del amor a la obra, no del amor al salario. No; no es la laboriosidad que pide trabajo porque dice que no quiere limosna; porque resulta que el trabajo es un pretexto para la limosna. No; era la laboriosidad del amor a la obra, del amor al trabajo. Nos enseñó a hundirnos en el trabajo, para encender en él nuestros amores, la vida misma, y acaso para olvidar otras preocupaciones más altas, inflamando al mismo tiempo a toda aquella generación en un ímpetu de pasión, un ímpetu de arrojo, algo que faltaba.

La gente parecía muerta. No lo estaba. Debajo de todo aquello había la brasa, había el rescoldo. La prueba está en lo que ha venido después. Cuando se habla de los que fuimos algo más jóvenes en aquella generación del 98 y se nos pregunta qué es lo que hicimos, yo contesto: "Nosotros hicimos a los que han hecho esto. Yo sé que vendrán nuestros nietos y nos bendecirán, lo que acaso no hagan nuestros hijos".

Yo sé que en este tránsito aquellos que parecíamos desordenados, cada uno por su lado, estábamos día a día creando una conciencia en España. Somos de los que hemos contribuído más; no como una porción de gentes que, cuando ya estaba hecha una conciencia nacional, han venido creyendo que se hace algo cuando se le quita la piel a la serpiente, que ya tenía otra nueva por debajo. (Muy bien. Grandes aplausos).

Palabras finales

No quiero continuar hablando de un tiempo que ya va haciéndose histórico, en el peor sentido algunas veces; que se va haciendo legendario; no quiero seguir hablando de un hombre a quien perdió la leyenda, ni hablar bajo la preocupación de que a otros también nos envuelve la leyenda. Ved cómo murió "el solitario", cómo murió consumido por ese fuego vivo... Que si a Servet le quemaron los calvinistas, a él le quemó el amor de su España, la visión de lo que estaba pasando en esta pobre tierra, que entonces agonizaba en manos de una dinastía agonizante también.

No tengo más que decir.

DISCURSO DE LUIS BELLO...

(Viene de la págiea 168)

matado la oligarquía". "Así hemos pulverizado el caciquismo". Y todo lo demás que fué Costa y que no necesito detallar. ¡Formidable homenaje, que para honra de quien lo causa, no puede rendirlo un escritor ni una Sociedad de escritores, como tampoco un político, ni un partido político, sino todo el conjunto de su nación!

Con esta idea intentaré algunas consideraciones sobre la mitad del programa de urgencia, la sonada síntesis: "Escuela y despensa". Esto es, aparte del rugido, lo que el pueblo conserva del testamento del león de Graus. Veintiún años. Ha venido la República. ¿La ha traído el pueblo con sus votos, porque ahora supo y pudo reaccionar con más brío que en 1898? ¿Forma parte el proceso del año 21, con la Dictadura y con su desenlace: la revolución de otro más amplio abierto en aquella fecha? La Historia no podrá separarlos. Pero la Historia suma momentos lejanos. En realidad, pudo darse el suceso del 98, dejarlo liquidado, como se liquidó, sin removerse la nación, tomar la Monarquía otro camino más seguro y no promover ninguna culpa grave de las que se pagan con la vida. Yo creo que treinta años son muchos años para hablar de proceso lento y de revolución larvada. Nuestra Monarquía no tenía enmienda, y lo único que hizo fué volver a empezar, en donde estuvo nuestra suerte, porque si no, a estas horas no sería el acto de hoy una fiesta republicana. Si hubiera llamado a Costa. Si hubiera sido política y hasta físicamente posible sumarse la gran alma de Costa... Pero ¿a qué divagar?

La escuela y la República

Y aquí empieza la modesta aportación, la pequeña contribución que traigo al homenaje de Joaquín Costa. Perdonadme: pero yo necesito unir a su gran esfuerzo perdurable, al trazo firme, ancho, profundo, que él dejó, otra línea más débil.

Se trata de la escuela. No sé si parecerá osadía que estando aquí tan alta representación de la cultura española, como don Miguel de Unamuno, cuyo nombre basta, y anunciada también la presencia de don Fernando de los Ríos, que, además de ser quien es, ocupa hoy el ministerio de Instrucción, se adelante un profano a hablaros de la enseñanza.

Resucité, si queréis, el mito de la escuela, que está bien prendido hoy, en el alma del pueblo. Convicciones personales: la Monarquía no quiso educar a la gran masa campesina. La Iglesia se ayudó a sí misma, ayudando sólo su enseñanza confesional. El ministro de Hacienda frustró siempre los sueños, lánguidos, por otra parte, del ministro de Instrucción. Los propietarios y caciques preferían, con estúpido egoísmo, que sus jornaleros siguieran en la ignorancia más absoluta. Yo he oído, en Santiago de la Espada, región forestal y pastoril, de hacheros enriquecidos y de roturadores míseros, esta frase terrible:—"¡Si los pudiéramos tener subidos a los árboles!"—Cavadores, pastores, leñadores, carboneros, segadores, mozos de mulas, gañanes, galopines... ¡Oh! ¡Cuánta gente que conviene tener metida "en lo suyo", en el trabajo, y nada más. Si hubiera tiempo yo recordaría aquí la doctrina castiza de Fernández de Navarrete, clérigo, presidente del Consejo de Castilla y consejero del rey Felipe:—"El trabajador no necesita estudios"—, y veríamos qué profundamente arraigada está esa idea en el alma de las clases conservadoras. Desarrollaría también la impresión sentida en Tánger al ver cómo practican los franceses, en Africa la doctrina de Lyautey: "Al indígena pocas letras". La enseñanza superior sólo para la "élite", y al darme cuenta de que así ha procedido el régimen con nuestro pueblo, tratándolo como colonia:—La cultura a media rienda y para freno el catecismo.—¡Odiosa táctica favorecida por la miseria de los presupuestos de Estado y de los Municipios! La Corona, la Iglesia, la propiedad, en contra de la escuela pública.—Fué en noviembre de 1930 cuando me convencí de que había llegado la hora de dedicarse exclusivamente a derribar el gran obstáculo: la Monarquía.

Al llegar la República, el problema es distinto. Triunfan nuestros principios en toda la línea, y van a la Constitución y a la "Gaceta", proclamados fervorosamente. Ya está la escuela laica, la escuela única, el acceso a la enseñanza superior de los hijos del pueblo. Paso libre a los superdotados... Veintisiete mil escuelas en cinco años. Cinco mil en los ocho meses del primer año de la República. Yo vi desde el primer momento que era difícil, sin planes muy meditados, dar cuerpo a ideal tan amplio. La Revolución puede derribar estorbos. Lo que no puede hacer, sin variar las bases anteriores, es improvisar la escuela española. Pero no era lícito enfriar esta hora efusiva que corresponde a los artículos más líricos y más nobles de la Constitución. He ido siguiendo el proceso de esa creación de millares de escuelas y esa búsqueda a todo trance para conseguir un modesto tanto por ciento de nuevos locales. El local es el cuerpo. Lo da el pueblo. Cuando el Estado dice: "Creo una escuela", lo que hace es ofrecer el alma, el maestro. Y si el pueblo no ayuda, no hay escuela. Por eso quería yo que el impulso se hubiera organizado al revés, no desde la "Gaceta" a los pueblos, sino de las fuerzas directivas de la Nación a los pueblos, y desde éstos a la "Gaceta". Se ha podido hacer lo que depende de un rasgo de pluma, que en cuestión de números siempre oculta un rasgo de valor. Pero lo que es material, carne de la idea, tan necesaria como la idea, no pudo llegar más allá de las posibilidades del momento. Acuciados por los inspectores, los pueblos improvisan locales o se dan por vencidos, cejan y renuncian. La República necesitaría mucho dinero. Ha apurado el ministro todos los medios. Ha excitado el celo de las autoridades. Ha llegado a encargar a los alcaldes que sean ellos quienes decidan si un local es habilitable. Hasta dónde se habrá llegado, en realidad, no lo sé; pero si vuelvo a asomarme ahora a los pueblos y busco las escuelas nuevas, encontraré bodegas más lóbregas, pisos de vecindad más estrechos, cobertizos, encerraderos de ganado, ¡la gran piedad de las escuelitas de España!, como en 1925. Y todo provisional. Todo con cargo a la rectificación en el porvenir. Los pueblos no pueden dar otra cosa. Y al lado de esto, unos cuantos palacios costosísimos, con presupuestos inconcebibles para quien conozca la verdadera situación del problema, presupuestos de lujo que debieron ser cortados a cercén al día siguiente de venir la República. Porque, señoras y señores, hora es ya de que se diga: "La República nace pobre".

La República nace pobre

La República tiene el honor de nacer pobre. Esta es la divina tragedia en que nos encontramos. Quiere hacer mucho. Es ambiciosa. No ha aprendido todavía a contenerse y escribe sus sueños en la "Gaceta". Luego tropieza en la miserable realidad. Y después de la generosa audacia de Marcelino Domingo, que eleva el sueldo a veinte mil maestros y prepara su plan quinquenal, viene la conminación de Carner, que dice: "Señores. Todo eso está muy bien; pero ahora hay que nivelar el presupuesto". La República nace pobre. Y su problema, aunque os lo digan, no es de maestros. Para las escuelas nuevas que puede abrir—no crear, sino abrir, con su maestro junto a una mesa, enseñando a cuarenta o cincuenta chicos—hay en España bastante personal docente. Hay maestros tan aptos como los otros, que no trabajan hoy porque no tienen escuela. Maestros de verdad, con la preparación suficiente, siendo bien gobernados, y si los queremos mejores con la capacidad necesaria para perfeccionarse en pocos años. Hay más maestros que dinero en el presupuesto para pagarlos. Esa es la realidad. El señor Carner ha cogido a la escuela española de la serreta. Era necesario. Todos lo comprendemos, y de esta manera, entre todos, la llevamos al paso. ¿Será menester que yo vuelva a apelar a mis lecturas infantiles para deciros qué corto galope me recuerda su esfuerzo de estos meses?

Un empréstito de cultura nacional

Es verdad. No tenemos más remedio que aceptar el hecho de que la República nace pobre. Pero, ¿y si probáramos a echarle las cuentas? Costa lo haría, sin vacilar. Dentro de la pobreza podemos movernos y estirar un poco la manta. Si no este año, se nos ofrece para el que viene, contando con el presupuesto del clero—es lamentable—la posibilidad de dar ya un paso seguro, aunque más corto. Es preciso antes fijar el coste mínimo riguroso de la construcción de una clase y el procedimiento único de la construcción por los Ayuntamientos con subvención del Estado. Con cuarenta millones anuales hay para tres mil escuelas nuevas con sus tres mil maestros. No se pasa de ahí y no es menester mucha disciplina en los gastos. Siempre hará falta que los pueblos intervengan. Pero se nos ha hecho concebir la ilusión de que ya está todo en marcha. Esto parecerá un retroceso y ocasionará desánimo de las esperanzas populares—y de las nuestras—que conviene evitar. Yo quisiera, en homenaje a Costa, aventurar la idea de algo más digno de la República, que repugnará vestir nuestro santo; la escuela, con los despojos de otro santo: la Iglesia. Algo más en consonancia con los procedimientos de nuestra época, poco amiga de esperar lustros. Para la obra grande de las escuelas de España, primero hace falta un severísimo plan constructivo que rechace toda explotación y toda incompetencia. La República nace pobre.—Además, la República nace bien informada.—Este plan constructivo debería enlazar con todo el plan económico de la reforma de la enseñanza. Los recursos extraordinarios sólo pueden lograrse por un **empréstito de cultura nacional**. Tiempo y ocasión habrá de desarrollar ampliamente esta idea. Que la primera apelación al crédito dentro de España hecha por la República, sea para nobles y altos fines. Que la iniciativa parta del Ateneo, donde tanto trabajó aquel gran español, estudiante perpetuo, cuya altivez nunca quiso resignarse al eterno espectáculo de Ariel bajo la quijada de Calibán.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras)

Señalamos:

El tomo XXVII de la preciosa COLECCIÓN DE AUTORES CUBANOS.

Titúlase:

José de la Luz y Caballero como educador. Recopilación de sus escritos e introducción de Francisco González de Valle. CULTURAL, S. A., Habana, 1931.

Cortesía de los autores:

Alejandro Andrade Coello, Quito, Ecuador: ***Centenarios y milenarios.*** Publicaciones del Ministerio de Educación Pública. Quito 1931
Bimilenario de Virgilio y centenario de la muerte de Bolívar.

Andrés Garafulic Y.: ***Carnalavaca.*** Novela de las tierras rojas. Santiago, Chile, 1932.
Una dedicatoria sugestiva: «A los incapaces é imprudentes que desde hace cincuenta años están empeñados en consumar la esclavitud económica de Chile».
Con el autor: Avenida Portugal, número 118. Santiago de Chile.

Tomás Escajadillo (Casilla de correo 2074, Lima, Perú): ***La revolución universitaria de 1930*** en Lima, Perú.

Juvenal Ortiz Saralegui (Durazno 1027, Ap. 22, Montevideo, Uruguay): ***Línea del Alba.*** Dibujos de Adolfo Pastor. «Biblioteca Alfar». Montevideo, 1931.
I. Poemas de tu luz.—II. Poemas de la noche.—III. La voz de la garganta de los puentes.—IV. Canto a los pájaros de tu piedad.

Raimundo Lazo (Cerro 629. La Habana): ***El feminismo y la realidad cubana.*** La Habana, 1931.

Hernán Robleto (México, D. F.): ***Sangre en el Trópico.*** La novela de la intervención yanqui en Nicaragua. Editorial CENIT, S. A., Madrid, 1931.

Carlos Garasino Brugo (Nogoyá, provincia de Entre Ríos, Rep. Argentina): ***La Provinciana.*** (Comedia.) Editorial MINERVA. Buenos Aires.

Wally Zenner (Yerbal 2071, Buenos Aires): ***Encuentro en el allá seguro.*** Buenos Aires.
Con un prefacio de Jorge Luis Borges.

Juan Filloy (Río Cuarto, Argentina): ***Cuadernos de Juan Filloy.*** No. 1: ***Periplo.*** Buenos Aires, 1931.

Charles Royal (Quijano 113. Quito, Ecuador): ***Cinco Cuentos.*** Quito.

María Lacerda de Moura: ***Civiliçaos, Tronco de escravos.*** Río de Janeiro, 1231.
Con este epígrafe de Ibsen: «O homem mais forte do mundo é o mais solitario».

Concha Espina (Goya 103, Madrid): ***Sinfladuras. Viaje americano.*** Editorial RENACIMIENTO, Madrid.

Pedro Félix Vicuña (156, av. Víctor Hugo, París): ***Los Estados Unidos.*** Bosquejo histórico. Prólogo de Agustín Edwards. Editorial LE LIVRE LIBRE, París, 1932.
La dedicatoria ***(Panamérica)*** dice: «A la memoria del ilustre Dr. don Juan Egaña, cuya visión secular de unión americana se ha convertido, por causas geográficas, por imposiciones económicas y por la anarquía política del viejo Continente, en el problema antropocéntrico del mundo colombiano.

D. Luis Quer Boule (ahora Encargado de Negocios de España en Costa Rica, nos remite:

Apuntes Hispano-Suizos. Madrid, 1931.

De Armando Maribona (28 y O. Vedado. Habana), nos llegan estos sus libros:

Cooperación al turismo. Artículos periodísticos, propios y ajenos, orientaciones, ideas, comentarios, y motivos afines. Marianao, 1931.

Decapitados. Caricaturas. Editorial EXCELSIOR. París, 1926.

Algunas obras pictóricas de Armando Maribona. Edit. LE LIVRE LIBRE. París, 1929.

Macacos. La aristocracia latino-americana frente a intelectuales y artistas. Casa editorial HERNANDO, Madrid.

Y el Diablo sonríe. (Novela de una joven moderna y un chico sentimental.) Editorial MAUCCI, Barcelona, 1924.

De Manuel Marsal (Apartado 1749. La Habana, Cuba):

El negro en los Estados Unidos. El caso de Scottsboro. Prólogo de Juan Marinello. Segunda edición. Editorial HERMES, La Habana, 1932.

De la editorial ESPASA-CALPE, Madrid, nos llega:

El triunfo de los lises, por Alfonso Danvila, que nos honra con una dedicatoria del ejemplar. 2 tomos. ESPASA-CALPE, Madrid, 1931.

Trasladamos:

Acaba de aparecer *El triunfo de las lises,* el tan esperado tomo de la famosa colección histórico novelesca *Las luchas fratricidas de España,* con que su autor, el ilustre escritor y diplomático don Alfonso Danvila, viene a robustecer el acervo de exégesis histórica de nuestro pasado, que contaba, como es sabido, una laguna poco estudiada en ese período de los primeros lustros del siglo XVIII, en que tuvieron lugar las primeras luchas dinásticas españolas.

No han sido sólo sus obligaciones de Embajador en tierras de América y, durante algunos meses en Lutecia, las que han compelido a Danvila a dejar trascurrir dos años, muy a su pesar, desde la aparición del tomo anterior, *El Congreso de Utrecht,* sin ofrecer al gran núcleo de sus devotos lectores la continuación de su obra, sino también la dificultad de trazar ésta, lejos de la madre patria, con la debida documentación. Ese paréntesis ha servido, por otro lado, para que se pusiesen elocuentemente de manifiesto los méritos que el público lector de toda el aérea hispánica ve en su labor, con la que préstase tan señalado servicio a la cultura netamente española, méritos tácitamente proclamados por aquél mediante la curiosidad e impaciencia con que vino esperando la publicación de *El triunfo de las lises.*

La amplia trama narrativa que se desarrolla en *Las luchas fratricidas de España* no pierde vigor ni atrayente interés al dilatarse con otros volúmenes la intriga novelesca y la exposición histórica; antes al contrario, parece robustecerse a medida que se suman a la misma nuevos hechos famosos y más horizontes inéditos. Así vemos que cada nuevo tomo aporta cierto valor individual de obra plenamente lograda, aun conservando su nexo con el anterior. El lector que haya seguido con atención los anteriores tomos, hallará en *El triunfo de las lises,* momentos de sumo interés, con los que se describen paisajes, ambientes y ciudades españolas, a propósito de las postrimerías de la guerra Sucesión, vencidas ya definitivamente las huestes del Archiduque. Podría decirse que ofrécense dos acciones paralelas: la histórica emanada de la lucha intestina, desarrollada en su fase postrera principalmente en Cataluña, y la novelesca, con la que adquieren categoría artística las que podrían denominarse aventuras de los protagonistas y otros personajes importantes que aparecen dados vida en la obra. La realidad y la fantasía adúnanse, pues, con singular dominio, y si aquella presta poderoso incentivo a la que de otra forma resultaría escueta crónica de la época, la segunda nos revela datos, hechos y observaciones de la vida española de entonces evocada con certero tino y maestría. En el primer volumen aparece el sitio de Gerona, la vieja Segovia, una de las ciudades más netamente castellanas, y acción política y guerrera interesantes. En el segundo, campos y rutas de Aragón y Levante, Barcelona, aspectos de la lucha entre el protagonista y su rival, el sitio de Barcelona, última plaza catalana que resistió en defensa de Austria; la vida cortesana madrileña, con detalles de la muerte de la reina, etc. Todo ello hace de *El triunfo de las lises,* animado cuadro donde reconstrúyense la vida española en los comienzos de la decimo octava centuria.

Con *Aún hay pirineos,* que creemos no se hará esperar tanto, cerrará el ilustre autor de *Las luchas fratricidas de España* el ciclo marcado para esta su obra, la cual si hoy día puede en verdad decirse que destaca en punto a la acogida que desde el primer volumen le dispensó la crítica y el público, no sería aventurado pensar que las siguientes generaciones han de apreciar aún más su mérito en la difícil tarea del enjuiciamiento del pasado próximo de nuestra patria.

El triunfo de las lises forma dos volúmenes con cerca de seiscientas páginas en total. Precio: 10 pesetas ejemplar. ESPASA-CALPE, S. A., Apartado 547, Madrid.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

Gloria, la hijita de Magda Portal

= *Envío de la autora* =

He aquí desnudo un hecho horrible:

Después del triunfo de mala fe del partido de Sánchez Cerro en el Perú, los apristas han sido perseguidos allí sin piedad: se ofrece cinco mil soles por la cabeza de Haya de la Torre, se destierra a los diputados apristas, se persigue y reduce a prisión a los apristas más destacados.

Entre las noticias que nos llegan en una carta, está la siguiente que nos echa a temblar el pensamiento: Magda Portal, uno de los más decididos dirigentes del Partido Aprista, tiene que huir y ocultarse; a su compañero Serafín del Mar, le cambian la pena de muerte por veinte años de presidio; los esbirros de Sánchez Cerro se apoderan de Gloria, la hijita de Magda Portal, niña de unos nueve años y la torturan para que diga en dónde está oculta su madre. Nos dicen en la carta que la muchachita sale del tormento con un brazo fracturado.

Y esto ocurre en un país que no ha cerrado sus puertas a la famosa civilización occidental, familiarizado con las calles asfaltadas, las ametralladoras que disparan miles de balas por minuto, las radiolas, los poetas y pintores modernistas, los autos, los aviones, las rotativas, etc., etc.

Horrible civilización occidental que no ha podido enseñar a los hombres a respetar a los niños

¿Se conmoverá la gente que llaman de buen corazón ante el tormento que un gobierno, a cuya cabeza se encuentra un hombre aguerrido y cubierto de cicatrices, ha permitido infligir sobre una criaturita, para que revele el lugar en donde se oculta su madre, tanto como se ha conmovido con el rapto del hijo de Lindbergh? Quizá no. Para la gente que llaman de buen corazón, no es lo mismo el hijo del aviador famoso, el nieto del millonario Morrow, compinche afortunado de los vende patria mejicanos, que la hija de militantes revolucionarios, quienes durante varios años tienen que andar desterrados por no saber callar ante los crímenes cometidos por Leguía. Gloria es hija de padres metidos en un trabajo en le que no se ganan millones sino humillación y miseria.

Cuando Magda Portal pasó por Costa Rica, Gloria estuvo en la Escuela Maternal. Un cuerpecillo estrujado por la miseria. Una muchachita pálida en la que, lo único que florecían eran su lindo cabello negro y sus ojitos oscuros llenos de inteligencia. Cuando pienso en estos ojitos abiertos con doloroso espanto ante sus verdugos, el alma se me estremece de odio.

Magda Portal: si alguna vez logra salir de su escondite y aun se mantiene a Sánchez Cerro en el poder, véngase para Costa Rica. Todavía Costa Rica es un lugar en donde los perseguidos por la estupidez del egoísmo humano, encuentran refugio. Aquí nuestra amistad sabrá acomodar para usted y para Gloria un rinconcito cariñoso.

Carmen Lyra

Costa Rica. 1932.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: { El semestre, $ 3.00 / El año, $ 5.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

James Joyce y su "Ulysses"

= De *The New York Times Book Review* =

El siguiente artículo viene a ser un comentario al reciente libro *James Joyce's Ulysses*, publicado por Stuart Gilbert, New York.

No existe, probablemente, en toda la historia literaria, un paralelo para la labor que Mr. Gilbert ha ejecutado en el gran cuerpo telúrico del **Ulysses** de Mr. Joyce. La crítica sobre autores vivientes es bastante general en nuestros días, tal vez demasiado frecuente; pero el comentario ceñido al texto, la minuciosa exégesis de sus obras es algo de que la mayoría de los autores, sin excluir al Dante ni a Homero, han carecido. El fenómeno parece más notable, por supuesto, después de haber leído este estudio de Mr. Gilbert. Si nos vemos en la necesidad de echar mano de los manuales y las adaptaciones de ciertos grandes escritores del pasado, es por la dificultad de inteligencia que supone el lenguaje y las alusiones acumuladas sobre la obra por el devenir del tiempo. Pero si ahora nos vemos precisados a echar mano de los mismos medios para leer a **Ulysses**, una obra publicada hace sólo nueve años, es porque la dificultad consiste, por lo contrario, en la novedad de expresión que caracteriza el libro. Hubiera sido improcedente para un fenicio culto del siglo nueve antes de Cristo el escribir un comentario acerca de la **Odisea**, ya que muy poco de lo contenido en este libro sobrepasaba el conocimiento o la imaginación de los sabios de aquella época. Pero esto no puede aplicarse al lenguaje, simbología o bosquejo de la **Odisea** que Mr. Joyce ha escrito en torno a Leopoldo Bloom. Homero, como todos los escritores europeos de antes del Renacimiento, escribió como un miembro de la sociedad en que vivía, expresando por medio de narraciones simbólicas los ideales de su raza. Como escritor moderno, Mr. Joyce ha ceñido el concepto individualista del papel del escritor a sus consecuencias lógicas.

En justificación de su empresa, Mr. Gilbert sienta el hecho de que **Ulysses** es una obra, no sólo oscura sino hasta inaccesible. (Los editores sugieren un tanto injustificablemente, que el presente estudio de la obra de Mr. Joyce puede servir como sustituto del texto). Pero una apreciación más relevante es todavía la que considera la influencia que Mr. Joyce ha ejercido en la última generación de escritores, tanto local como extranjera, influencia susceptible de ser mal dirigida y hasta perniciosa si su estructura y esencia se interpretan erradamente. Esta influencia es innegable sobre aquellos que han seguido la corriente literaria de la última década. El método y el estilo de Mr. Joyce se hacen notar hasta en escritores tan lejanos a él como D. H. Lawrence, Ernest Hemingway, Virginia Woolf, Aldous Huxley, Thomas Wolfe, y Miss Fannie Hurst. Sólo la extraordinaria percusión crítica en torno a la obra bastaría para justificar la aparición de la obra que nos ocupa.

El objeto principal de la obra de Mr. Gilbert es el probar la falsedad crítica del aserto de que **Ulysses** no es más que una fantasía de lo inconsciente, una masa caótica y desagradable de material inorgánico, una traición del intelecto a la mentalidad de tipo inferior.

"**Ulysses** es, de hecho, una obra esencialmente clásica por su espíritu, compuesta y ejecutada de acuerdo con las reglas y el plan de una precisión casi científica". El propósito de Mr. Gilbert es el de entresacar de la confusa masa de estilos, emociones y **leitmotifs** el principio estético en el cual está basado **Ulysses**.

Mr. Gilbert alcanza su mejor propósito en el esclarecimiento de las relaciones entre la **Odisea** de Homero y esta otra epopeya moderna. Nadie antes que él lo había hecho resaltar de un modo tan patente. Lo que Mr. Gilbert ha hecho fué trazar un paralelo minuciosamente detallado de los diez y ocho episodios de cada una de estas epopeyas en otros tantos capítulos. Cada episodio del **Ulysses** parece tener su escena y su hora en el día; cada episodio (excepto los tres primeros) está asociado con un órgano diferente del cuerpo refiriéndose a un arte particular y con simbolismo y una técnica específicos. Algunos tienen su color adecuado, de acuerdo con la liturgia católica. Mr. Gilbert muestra una tabla de episodios que claramente demuestran estas concordancias. Además, ha demostrado que cada episodio tiene su ritmo interno.

Jaime Joyce

(Caricatura de *Toño Salazar*)

Al mismo tiempo Mr. Gilbert aporta un caudal erudito de discusión, acerca de los símbolos repetidos bien como temas o como **leitmotifs** al través de la fábrica del libro. Existe un capítulo completo acerca del dogma budista de la metempsicosis y otro acerca de la interpretación religiosa de la umbilicalidad, siendo el ombligo un símbolo constante al través del libro en asociación con el tema capital de la paternidad. A causa de que la estructura esencial del libro no depende, en definitiva, de las relaciones espirituales de padre a hijo entre Bloom y Dedalus, Mr. Gilbert nos ofrece un exacto análisis del concepto de paternidad espiritual en la teología cristiana de la Edad Media. Los elementos ocasional y de coincidencia en el libro de Joyce aparecen aquí igualmente explicados en términos de antigua doctrina esotérica, la ley de Karma, lex externa. Ciertamente, Mr. Gilbert aparece definido como si por cierta fascinación personal diera mayor importancia a estos conceptos orientales que a los ritos y liturgias católicos que forman el constante punto de referencia. Es por esto, tal vez, que falla luego en la definición precisa del centro psicológico de la tragedia de Dedalus, la verdadera causa de su disociación intelectual, su pérdida de la fe y el subsecuente fracaso en la búsqueda de símbolos que den expresión del mundo en torno suyo.

El resultado de este concienzudo, sutil y, a veces, ingenioso trabajo de reconstrucción es el haber establecido sólidamente su aserto de la integridad formal de **Ulysses** en esencia. En cuanto se refiere a la mera disciplina estética, la obra parece haber sobrepasado las tres unidades clásicas para semejarse a la red dedálica de nervios y corrientes sanguíneas que embargan el organismo viviente. **Ulysses**, declara, nos presenta una imagen unificada del mundo. La estética joyciana es, según aceptación, siempre estática: "La vida mental se levanta fuera de toda pasión". Pero aquí surge una serie de consideraciones filosóficas en cuanto las relaciones de la unidad estética de una obra y su fondo filosófico. Mr. Gilbert parece completamente indiferente a las implicaciones filosóficas de la obra en cuestión. He aquí una declaración del significado del libro:

"...Así que **Ulysses** no es ni optimista ni pesimista en perspectiva. Ni moral ni inmoral en el sentido ordinario de estas palabras. Se semeja, más bien, a una fórmula de Einstein, a un templo griego, a un arte que vive tanto más intensamente cuanto mayor es su reposo. **Ulysses** logra así una interpretación integral y coherente de la vida, una belleza estática".

Y luego:

"A pesar del constante desvío del sentimiento y de la negación de valores que hallamos en **Ulysses**, existe un doble sentido de desesperación, el fracaso de un Icaro remontándose hacia el sol para robar su luz... Y con todo puede que la epopeya dubliniana deba su agitada vitalidad a su misma ausencia de armonía".

Entre la interpretación que Mr. Gilbert hace de la perfección estética de la obra, dentro de su estatismo, y la visión de la dinámica confusión humana, existe, sin embargo, un abismo que jamás será salvado.

William Troy

(Trad. *Lino Novas*)

Imprenta LA TRIBUNA